



ASIR

REVISTA DE LITERATURA

¿ES INEVITABLE LA EDAD DE LOS IMPERIOS? — W. LOCKHART
SOBRE UNA REFLEXION DE COSIO VILLEGAS — H. M. ALMADA
UN MUNDO NOVELESCO — DOMINGO L. BORDOLI

LITERATURA EJEMPLAR: EL ESTILO DE RODO
BUEYES PERDIDOS — GUIDO CASTILLO

DOS POEMAS — ALFREDO DE LA PEÑA

POEMAS — LUIS V. SOSA

NATURALEZA MUERTA (Cap. de «La Vida Breve») — J.C. ONETTI
BOLICHERO — JULIO C. DA ROSA

ENTRE LIBROS NUESTROS — COMENTARIOS

PAGINA MERCEDARIA — NOTAS

NOTAS SOBRE LA ILIADA (Página para el estudiante)—G. C. y D. L. B.

21

ABRIL 1951

MERCEDES — URUGUAY

ASIR



Cercano está, mas es difícil de asir el dios Patmos. — Hölderlin.

DIRECTORES

REDACTORES RESPONSABLES:

WASHINGTON LOCKHART

DOMINGO L. BORDOLI

CONSEJO DE REDACCIÓN:

LÍBER FALCO, ARTURO S. VISCA.

HÉCTOR BORDOLI, GUIDO CASTILLO

ADMINISTRADOR:

OROSMÁN MARTÍNEZ ANDRADA

21

FUNDADORES:

H. PEDUZZI ESCUDER, M. L. DE KLINGER, W. LOCKHART.

18 DE JULIO 535. MERCEDES. URUGUAY --- ABRIL 1951

“ASIR”, aparece 8 veces por año:

		En Mercedes
SUSCRIPCION ANUAL	\$ 4.50	\$ 3.50
SUSCRIPCION SEMESTRAL	» 2.30	» 1.80
NUMERO SUELTO	» 0.60	» 0.50
NUMERO DOBLE	» 1.20	» 1.00

S U M A R I O

ARTICULOS

Pág.

¿Es inevitable la edad de los imperios? -- Wáshington Lockhart . . .	7
Sobre una reflexión de Cosío Villegas -- Héctor M. Almada	16
Un mundo novelesco -- Domingo Luis Bordoli	24

LITERATURA EJEMPLAR

El estilo de Rodó	30
Bueyes perdidos -- Guido Castillo	33

POESIA

Dos Poemas -- Alfredo de la Peña	37
Poemas -- Luis V. Sosa	39

NARRACIONES

Naturaleza Muerta (Cap. de «La Vida Breve») -- Juan C. Onetti . . .	41
Bolichero -- Julio C. Da Rosa	46

COMENTARIOS

Entre libros nuestros	51
---------------------------------	----

NOTAS

La Página Mercedaria	53
--------------------------------	----

PAGINA PARA EL ESTUDIANTE

Notas sobre la Iliada	58
---------------------------------	----

DIONISIO TRILLO PAYS

La reciente designación de Dionisio Trillo Pays para desempeñar la Dirección de la Biblioteca Nacional no ha sido más que la consagración, por los Poderes Públicos, de la eficiente labor que ya, como Interyentor, venia desarrollando al frente de dicho Instituto. Así ha sido unánimemente reconocido por la prensa de nuestra capital, y no nos toca a nosotros, por demasiado cercanos a él, reiterar aquí las afirmaciones que ya se han hecho sobre su talento, su hombría de bien, su entrega total a toda labor que emprende.

Requerido por las delicadas ocupaciones de su cargo, razones de tiempo lo obligan a retirarse del Consejo de Redacción de nuestra revista. Lo cual no quiere decir que se aleje de ella. Seguirá colaborando en ASIR. Y colaborando más aún de lo que él mismo se propone. Así podemos afirmarlo quienes sabemos que por debajo de esos aparentes renunciamientos que a veces expresa, hay un trabajador infatigable al cual le es imposible no convivir los afanes de quienes lo rodean; que por debajo de sus aparentes desganos hay un escritor que cinco minutos después de afirmar: "desde hoy no escribo más", le cuenta a su interlocutor los temas de las cinco o seis cosas que tiene entre manos. Tal lo demuestran sus trabajos más recientes publicados en ASIR: "El Gallo Bataraz" y "La Valija Perdida", ambos de 1950, (aunque, por error de imprenta, el segundo apareció fechado como de 1940).

Con estas breves líneas adhiere ASIR a las felicitaciones recibidas por Dionisio Trillo Pays, y expresa su alegría por una designación que considera justísima y que fué hecha, exclusivamente, en base a los personales méritos del designado.

¿ES INEVITABLE LA “EDAD DE LOS IMPERIOS”?

por
Washington Lockhart

YO ELEGI LA SINCERIDAD

Si el hombre “común” se hace acreedor a ese dictado, es por la manera pusilámene —o por lo menos inconsciente— con la que suele aceptar, en temas que por su magnitud requerirían otro tratamiento, los más cerrados prejuicios. Aunque aparenta a veces defender su buena fe, con una vigilancia suspicaz, ante ciertas ideas sueltas que exceden su capacidad de adaptación, es lastimosamente vulnerable ante la insistencia, franca o artera, de las más burdas propagandas. La mera repetición basta para forrarlo de convicciones. Aunque él mismo se aperceba de ese manipuleo, cuando quiere acordar ya lo tenemos al servicio de abstracciones prefabricadas, de un Bien inconvertible, inoculado, con ladina constancia, por un Mal solapado. No es raro entonces que, exaltado por cuenta ajena, llegue a militarizar sus ideales y hasta a convertirse en su heroico campeón. Y es precisamente siguiendo esa costumbre como termina por envilecerse sin saberlo, por no saberlo, por una ignorancia que se le va canonizando, hasta que ya su inteligencia, falta de todo entrenamiento, solo puede digerir una parte —y falseada— de los hechos que lo rodean.

Habida cuenta de que en el fondo —que lo tiene— es irreductiblemente sano, creemos preferible, aunque no lo parezca, hablarle claro; no dar pie, con medias palabras, a que quede pendiente —y nos acuse por ello— de la mitad no pronunciada; irnos desnudando opinión por opinión, con el descaro— nunca insolencia— que únicamente excusa la honradez. Sólo así, en ese extremo difícil de la sinceridad, llegaremos a ser, aunque nos equivoquemos, irrefutables, como la vida misma.

Puede afectarnos —nos advertirá alguien— la costumbre, cómodamente agravante, de clasificar al prójimo en cómplices o adversarios. Pero echadas bien las cuentas, esas torpezas, como ya se sabe, solo manchan al fin a quien incurre en ellas. No creemos, por otra parte, que tan agresivos ofiциantes, movilizados, a sabiendas o no, por intereses más o menos embozados, lleguen a disimular durante mucho tiempo más, el tejido de imposturas que todavía subyugan al hombre común. De modo que si de conveniencias se habla, la nuestra, que es la misma de ese hombre, es instarlo a pensar de buena fe, a hablar y dejar hablar con entera libertad, inclusive —sobre todo— a los presuntos enemigos de esa libertad. Y si se nos escatima esa facilidad, nos quedará siempre el recurso de hacernos oír como el Rubatchoff de Koestler,

telegrafando golpes en las paredes de nuestro encierro, de modo que nos oigan aunque metan la cabeza, a guisa de escafandras, en los más gratuitos optimismos. Porque si de algo estamos seguros es de que sólo insistiendo en un diálogo abierto a todos los vientos nos ahorraremos ese «tiempo del desprecio» al que nos amenazan conducir, faltos de creación, nuestros insolventes idearios. Y la condición previa, incluídible, es despertar la sensibilidad y el sentido de la responsabilidad de quienes han llegado a entontecerse hasta el punto de creerse inocentes, de ese pueblo que vive renunciando a sí mismo, idéntico a lo que cree ser, pero a costa de lo que es, de lo que podría ser, si quisiera, o si pudiera querer.

IDEOLOGIAS DE CONSUMIDORES

«Categorías como libertad, igualdad, categorías que han sido viciadas por el devenir histórico, deben recibir nuevo esplendor. Ese trabajo ¿podemos efectuarlo? ¿Y cómo es posible hacerlo?»

M. MERLEAU-PONTY

Nuestro continente —empecemos por confesarlo— debe reaprender una civilización que le cayó encima como una catástrofe. Esa es la opinión, por otra parte, de casi todos los extranjeros que, demasiado honestos para adularnos porque sí, reciben, cada vez que nos consideran, esa impresión irresistible. Atados a una labor cotidiana sin sentido, alardeamos sin embargo de sus beneficios. Volvemos a cargar, una y otra vez, nuestra piedra, como Sísifo. Pero América es un Sísifo optimista, una paradoja viviente. No obstante ¡quién sabe! las paradojas, insistiendo en ellas, suelen resolverse en verdades.

Pero para ello, hay que empezar por reconocerlo con entera lealtad. Vivimos una experiencia degradada, a base de falsas ilusiones; una fraternidad de cola de carnicería; una frágil fraternidad de consumidores, amenazada por la primer suspicacia, por la primer disconformidad. Una fraternidad por abajo, en un mundo donde los medios desalojan a los fines de sus últimos reductos. Un mundo a merced de todos los deseos, sin trascendencia que los jerarquice. Su organización no es más que un álgebra de apetitos, una ilusión de armonía y de felicidad en una vida sin destino, es decir: trágica. “Un pedazo de tierra con un montón de gente encima”, como lo definía Espinola. Hombre y tierra; nada más. Y en torno, para quien quiere oírlo, una mudes espantable, un vacío cargado de deseos y concupiscencias que consagran, a falta de otros más trascendentes, sus propios modos mesquinos de evaluar las cosas.

Ese estado mortal tiene, no obstante, sus guardianes: una coalición de egoísmos puerilmente amedrentados, so capa de mitos ya increíbles, con la misma flagrante contradicción que se refleja entre propósitos y resultados: a grandes declaraciones, pequeñas escaramuzas; a principios vastos, apetencias minúsculas, friolentas; a la Carta del Atlántico, un aumento mensual de 15 pesos.

Nuestras creencias liberaloides gastan anteojeras. Sólo así podemos seguir compartiendo, como si nada hubiera pasado después, el optimismo atlético de un Víctor Hugo, de un Whitman, la ingenua confianza del primer Renán. Pero detrás de lo que a veces no es sino charlatanería farisaica, el pensamiento político actúa como si todo se redujera a producción y consumo; domados y equilibrados esos monstruos, una felicidad cinematográfica, conseguida a fuerza de superávit, de autos, y heladeras, y lana a 70 pesos, extasia a productores y consumidores. Claro que se necesita permanecer medio inconscientes, no animarse, debido a su misma mediocridad, a cuestionar esa mediocridad, no buscarle un sentido a ese sin-sentido. Primero vivamos — así dicen — luego hallaremos razones para vivir. (Los vividores, entre tanto, encantados). Pero al principio no era la acción, como creía Goethe, sino el verbo, el logos, como lo adelantó la Biblia. Esas razones son necesarias desde el principio, aunque vayan, por ahora, circulando a crédito. Desde un principio, antes de ponerse a planificar, a pintar una sola raya blanca en las calles, es necesario tener en cuenta qué clase de hombre queremos obtener. La inmoralidad, por provisoria que se postule, no puede abandonarse luego como un traje viejo; una vez usada, se hace carne en nosotros. La indignidad de los medios trae como consecuencia inevitable la indignidad de los fines. “Antes de darle la libertad a una piedra — escribía S. Exupéry — hay que concederle la pesantez”. La sed está antes que el agua.

JUBILADOS EN VIDA

Los costos y las rentas tienen, en su plano, su importancia; pero toda planificación debería atender, con preferencia los sentimientos que suscitan o sofocan, el margen de labor creadora que concede o restringe. No es sabio, como se acostumbra, proyectar planes para satisfacer la necesidad X que le atribuimos a los hombres Z, e imponer, para su cumplimiento, una serie de disciplinas despersonalizadoras, de trabajos burocráticos absorbentes que vienen, de paso, a frustrar la necesidad A de los hombres B, toda esa cadena de consecuencias imprevistas que, sumándose a las producidas por otros proyectos igualmente unilaterales, dan como resultado final un hombre castrado, viviendo con vida ajena, incapaz de crear, sin ni siquiera ganas de crear.

Lo urgente es salvar al hombre, no al consumidor; al creador, no al jubilado de 40 años. Capitalismo y marxismo, tanto uno como el otro, creen en la panacea de un Estado estrictamente racionalizado, sobre la base de un individuo indiferenciado; ambos tienden a convertirse en Compañías de Seguros estatizadas. Estadísticas rigurosas, una higiene obsesionante, planes quinquenales al centésimo, reglamentaciones preventivas minuciosas; se cree que enseñar a vivir es enseñar a no morir.

Esa vida cobijada entre algodones, nos aficiona, con un falso estilo de eternidad, a bienes fugaces y versátiles. Protegemos la vida por su lado más frágil, por el lado que da a un mundo perecedero; nos distraemos de las aventuras máximas con sucedáneos mínimos. Un bienestar soso y adormilado, una falaz seguridad, pretende disimular el trá-

glico contrasentido que, nacido de esa misma alienación, hace oír, como música de fondo, la angustiosa letanía de nuestro total desvalimiento.

Reincidimos en proteger un ideal de rentistas, un aburrimiento que no engaña a nadie. Se nos asegura contra todo menos contra nosotros mismos. En ese endeble tablado se miente nuestra tragedia vital. Bajo el afeite de esas distracciones, la felicidad equivoca su rostro. "Hasta que un día cualquiera —como decía Bataille— se muere idiota".

HACIA EL TOTALITARISMO

Circulan entre nosotros slogans y estribillos que nadie, en el fondo, cree. Nos envanecemos de ellos como el salvaje de un paraguas insertible. Se comercia con esos abalorios y osamos todavía asombrarnos porque algún fascista, reaccionando al sentir ciertas palabras deterioradas por el abuso —"espíritu", "cultura"— amenaza, no sin cierta razón, con sacar su revólver. Sobre esa cultura infundada recae la responsabilidad de muchas brutalidades totalitarias. Los hornos de Dachau tienen mucho que ver con los «trusts», esos mismos «trusts» que hace poco liberaron a Krupp, uno de los adláteres de Hitler. Es un ejercicio saludable ponerse a descubrir, debajo de las grandes movilizaciones, los grandes intereses; localizar la servidumbre de las ideologías, visible desde el día mismo en que empezaron a desbordar los límites del ágora. Entre tanto, y por principio, conviene desconfiar de los movimientos colectivos que van más allá de nuestro barrio. Hay una verdad próxima de la que conviene partir: los sentimientos nacidos naturalmente a nuestra escala. Al hombre, contra lo que gusta creer un moralismo ingenuo, hay que pensarlo a partir de su egoísmo, de su sano apego a su necesidad más próxima. Es el dato más seguro y, considerándolo sin prejuicios, nada desconsolador. Más aún: ningún altruismo puede perdurar si no pacta de alguna manera con esa base ineludible. Nuestras tendencias agresivas, nuestra necesidad de lucha —valga un ejemplo— es un dato cuya estimación se impone por razones de higiene. No es cerrando hipócritamente los ojos como conseguiremos hacernos más puros. Si no incluimos en nuestras previsiones la totalidad, llena de sombras y de luces, de ese hombre cuyos rasgos indudables conocemos en el trato íntimo, es inútil intentar tranquilizarnos con repartos o pretenciosas declaraciones de principios: la equidad externa, la tolerancia fundada en el cálculo, no garantizan la fraternidad. Antes de hacer es preciso informarnos sobre el ser. No valen aquí las soluciones aritméticas, ni la supresión de la plus-valía; por ese camino, el Hombre, sin tener a donde ir, sin sustancia propia que se respete, se va subordinando cada vez más a la Colectividad, a un bienestar hipotético de un mayor número no menos hipotético. La pendiente, en ese supuesto, se recorre sola. El deseo de racionalizar todo, de ordenar ficha por ficha a la sociedad, de domesticarla mediante una técnica nunca vista de propaganda, coerción y policía, pone en manos del Estado de hoy los instrumentos de un despotismo junto a los cuales los de un Nabucodonosor eran sólo blandos atributos.

No creemos, tal como van las cosas, que esta libertad de la que aun-

quién sabe hasta cuando gozamos, pueda sostenerse durante mucho tiempo más. El propósito de eficacia puesto por sobre todos los demás, ese problema económico que todo gobernante, ya desde que asume el poder, se cree obligado a poner en primer término, conducirá, a poco que se sigan sacando sus lógicas consecuencias, a una reglamentación que elimine todo juego entre las piezas de la maquinaria social. Si en el comunismo ruso hay menos libertad, es porque llevó esa racionalización económica al extremo. Para que la democracia —esa endeble democracia basada en la idolatría del dinero y de los capaces... de hacerlo— se convierta en fascismo declarado, basta solamente que quienes “administran” el poder, tiren por la borda los últimos escrúpulos, y eleven esa necesidad de “orden y progreso” a la categoría de ideal. Si no nos apresuramos a combatir nuestra mentalidad de comerciantes, vamos indefectiblemente hacia el totalitarismo, hacia un capitalismo de Estado que intentará aprovechar hasta agotarlas, las energías de sus súbditos. Para ese ideal de eficacia, hasta el «ocio» artístico resulta sospechoso; conspira contra el nuevo Dios del rendimiento social.

PROFECIAS DE TRES INGLESES

Ya Platón —que al parecer estaba enterado de muchas cosas— nos advertía sobre esa fatalidad de las democracias de terminar en tiranías. Esa misma fatalidad, que tantos hechos contemporáneos corroboran, inspira ahora a dos novelistas ingleses, G. Orwell y Rex Warner, afanosos por precavernos, si es posible, contra ella.

En “1984”, G. Orwell no vacila en predecir un mundo atroz, una sociedad rigurosamente regimentada, de la que no se escapa ni la vida más íntima de sus componentes. Una policía implacable y omnividente controla hasta los menores pensamientos de los ciudadanos. La educación y la propaganda se confabulan en coartar, por su parte, todo conato de rebelión, propiciando una hipnosis colectiva que barre hasta con la posibilidad de pensar en derrocar el orden establecido. En la cima de ese Estado férreo, un Jefe supremo multiplica su efigie, a la que un fervor místico pre-fabricado rodea de intocable prestigio. Bajo ese Jefe-Dios, una pirámide de burócratas, técnicos, dirigentes de sindicatos, obreros, expertos en publicidad, profesores y políticos profesionales, escalonando y vigilando sus jerarquías, aplasta a una masa embrutecida colectivamente mediante la deformación sistemática de la verdad y el control de sus mecanismos psíquicos, en un “doble-pensar” que todos finalmente terminan por cultivar sin casi darse cuenta.

En esa dantesca visión, Orwell roza a veces lo inverosímil, pero su modo de potenciar situaciones cuyos ejemplos parecen extraídos sobre todo del nazismo y de la U. R. S. S., resulta inmejorable para ilustrar con eficaz patetismo un extremo al que todo parece condenarnos.

En “El aeródromo”, Rex Warner profiere —de ahí su mayor interés novelístico— describir una etapa previa a esa racionalización final. Nos hace asistir al surgimiento de una potencia directriz, creciendo como un cáncer en el seno de un mundo donde las fuerzas que podrían oponérsele padecen toda clase de desfallecimientos y desorientaciones. La familia, la propiedad privada, el amor y la amistad, minados por

males internos, sucumben ante la tentación externa de un orden insensible, sin ensueños, ni nostalgia, ni aventuras. Reina en "El Aeródromo" una moral rígida, de auto-dominio, una disciplina severa como vía de acceso al poder, y con él, a una libertad interior obtenida por eliminación; un vivir en un presente despreocupado, lleno de heroicidad viril. Toda esa gama de sentimientos que el conservadorismo burgués anti-heroico había eliminado de sus registros, se resarce aquí de ese relegamiento y se enrolan en un mundo impersonal, a la orden de un mariscal que, contrariamente al Jefe de Orwell, ni siquiera precisa aparecer.

Warner nos hace presenciar el fracaso, un poco accidental, de esa experiencia; pero la alarma queda sembrada.

Es interesante constatar cómo el mundo que proponen estos dos profetas modernos, viene a concretar, en aspectos fundamentales, ciertos ideales que Wells, antepasado en profecías, había adelantado aunque bajo un signo más favorable. Wells encarnaba la última esperanza en el poder de la ciencia. Arrebatado por un lírico fanatismo, consideraba fácil organizar el mundo sobre bases técnicas planificadas. Creía en el hombre de ciencia con un fervor que se exaltaba ante el obtuso reaccionarismo liberal de principios de siglo, ante un mundo sofisticado de rentistas y snobs, con su cuello duro y su cadena de oro brillando en un chaleco no menos ostensible. Su actitud, al desafiar el orgulloso poder de los hombres de negocios, atraía por su juvenil atrevimiento. Era el enemigo del tradicionalista pedante, atalayado en sus intereses, desdeñoso de todo "avancismo" que los cuestionara. Pero Wells adolecía de una incurable ingenuidad; allí están, como muestras, su fe en que todo se arreglaría con un régimen monetario internacional, o en que terminaríamos con las guerras suprimiendo el alcohol —B. Shaw lo obtenía suprimiendo la carne...—; resabios del viejo empirismo asociacionista inglés, con su ceguera innata para la autonomía de los motivos espirituales.

EL FRACASO DE WELLS

Ya se sabe en qué vino a parar el paraíso de Wells, próximo pariente del mundo candoroso de Julio Verne. Debemos concederle a Wells la previsión de algunas catástrofes; baste recordar "La guerra de los mundos" con su desastroso entorchamiento de técnicas; pero jamás sospechó los vicios congénitos que malograban sus sistemas.

El hecho notorio es que la sociedad siguiendo esas vías tecnificadoras tiende a implicarnos cada vez más en su organización, en "la instantánea seguridad que le proporcionan los medios mecánicos y psicológicos de la represión" que, según Camus, hacen del Estado "el mal de nuestra época". Y lo alarmante es que lo es por gravitación de sus propias exigencias administrativas, cada vez menos necesitadas de místicas o derechos divinos que respalden su vocación de perpetuarse en el poder por el poder mismo. De ahí la pregunta que empieza a preocuparnos. ¿Estamos acaso presenciando los últimos estertores de las corrientes de auto-expresión individualista a cuya continua expansión asistimos desde el Renacimiento? ¿Es inevitable la "Edad de los imperios" que se nos anuncia?

Un abastecimiento correcto de las masas, así como otras innegables necesidades de preservación y de orden, requieren, fuera de toda duda, el establecimiento de un poder central. No es posible dejar al azar de iniciativas inconexas o de egoísmos privados la prosperidad o miseria de un mundo que está empezando a quedarnos chico. Pero lo deplorable es que esa organización destruye lo mismo que pretende organizar: al hombre cuya felicidad dice servir. El orden material, obsesionado por salvar sus propias dificultades, termina por perturbar el orden espiritual. La división minuciosa del trabajo, atenta, por su ejecución y por sus consecuencias, contra la libertad de acción y de elección. No bastan hoy los expertos capaces de "arreglar todo", confianza esta última, característica de lo que Jaspers llama "sofística moderna" con su infusa confianza en un progreso objetivo inevitable, esa "doctrina de perezo- sos", diría Baudelaire, que renuncian a progresar por su cuenta. La insuficiencia de la mentalidad científica para darle un sentido a la vida, su esterilidad espiritual y metafísica, hizo que los paraísos racionales entrevistos vinieran a dar en un capitalismo megalómano, en la policía totalitaria, y en un pacifismo a fuerza de "bazokas" y bombas atómicas. Detrás de la máscara de su libertad, asomó la verdad sorprendente de una fatalidad ingobernable. El hombre fáustico, con su impulso de- nodadamente expansivo, pensó jugar su carta de triunfo con el intelectualismo racional; pero el dominio conseguido sobre la Naturaleza no bastó para dotarla de un sentido. Sus fines prácticos no eran capaces de producir por sí mismos fines espirituales.

ALGUNAS CAUSAS DE NUESTRA MIOPIA

El anticlericalismo cientista quemó las naves desdeñando toda retirada ultraterrena; pero las esperanzas laicas resultaron "demasiado humanas". Desde que Nietzsche anunciara la muerte de Dios, anunciaba al mismo tiempo, aunque él no lo pensara así, la muerte del hombre. Recoge Sartre la expresión de Dostoyevsky: "Si Dios no existe todo está permitido", y comenta: "es la terrible revelación que la burguesía había tratado de ocultarse a sí misma durante los 150 años de su reinado".

Fué trágico, dolorosamente inútil, el afán de Nietzsche de exhumar una voluntad creadora autónoma, como reacción ante la blanda mediocridad de un humanitarismo degenerado, de esos que Scheler llama "deleznable harapos ideológicos de viejas metafísicas deístas". Pero aunque impugnemos la "solución Nietzsche", el camino que conduce a nuestra auto-liberación no puede eludir la "crisis Nietzsche", es el atajo que, a condición de poder abandonarlo luego, sigue siéndole a América y a cada uno en particular, necesario para madurar un sentido más viril de la realidad, para despertarnos de nuestro nihilismo deshidratado, de nuestra moral falsa y beata de burgueses aferrados aún a una riqueza material que no disimula un empobrecimiento interno indiscutible.

Nietzsche no ha pasado por nosotros, como lo ha hecho, hasta saturarlo, por el sentimiento europeo. Y el mismo Nietzsche advertía que no podemos saltarnos escalones, abreviar la dialéctica viviente que condiciona la evolución de toda conciencia humana. Nuestra inmadurez política nos hace ver lo "injusto" donde el europeo (un Camus, o un

Sartre, o un Malraux) ve lo «absurdo»; y es que no queremos renunciar a una política a la que en Europa sólo se le concede valor de expediente ocasional. Seguimos reclamando pretextos para la cooperación social, seguimos apilando ladrillos sin mortero, creyendo remediar nuestra irrevocable soledad con los correctivos de moralinas y beneficencias de que fué pródiga la “estupidez del siglo XIX”, con su dogmática estrecha y sin raíces.

Por excesiva pureza, cuando no por simple cobardía, se han dejado pasar, sin someterlas a un proceso exhaustivo, las tremendas connoiciones del fascismo, del comunismo, de la voluntad de poderío de un Nietzsche, de un Pareto, de un Sorel, de un Maurras, (estos últimos casi desconocidos entre nosotros). Hemos arrumbado esas actitudes cruciales, tapándonos los oídos, desoyendo, con el pretexto de sus “peligros”, su profunda y aleccionante advertencia. Rechazándolos como espantables testimonios del Mal, no hemos sabido ni querido auscultar sus raíces ocultas, que, aparte sus aberraciones, se alimentan de insatisfacciones oscuramente advertidas. Preferimos amurallarnos en un Bien probablemente ignorante, incapacitándolo así para crear los correspondientes anti-cuerpos. Mientras tanto, en esa atmósfera entrecida, los intereses reales, (Estados, partidos, sindicatos, ejércitos), al amparo de una moral que finge subordinarlos a principios intocables, dirimen sus conflictos en una ecuación de fuerzas capaz de generar los odios más gratuitos. Mientras el Ateneo, en un Montevideo no muy lejano, discutía espiritualismo y positivismo, se sucedían los cuartelazos, las peripecias de fuerzas que ignoraban a esas teorizaciones en el aire. Sin contar con que esos mismos idealismos extremos, divorciados de las realidades que los condicionan, terminan invirtiendo su sentido; su amor se hace odio, de clase, de raza, de naciones. Todo “angelismo” termina en “diabolismo”.

Los efectos vivificantes de esas tensiones, el laudable ambiente de libertad con que aquellos principios dignifican esas oposiciones, tienen, así, su contrapartida: un derroche inútil de energías y la inescrupulosidad de los pescadores a río revuelto; la importancia que adquiere el dinero y la desespiritualización consiguiente de las emociones; la primacía de los valores de utilidad sobre los valores vitales. Y de esa dispersión a la barbarie mecanizada no hay más que un paso; hasta con que aparezca la emergencia oportuna.

«...ESOS CIRCULOS QUE SE PUEDEN ABARCAR CON LA MIRADA»

Sería reincidentir en un simplismo tentador agregar a todas las falsas antinomías (democracia-aristocracia, democracia-fascismo, democracia comunismo, etc.), la no menos falsa de individuo-comunidad. Porque hay un hecho que, aunque bien visto es evidente, suele olvidarse, y es que el valor del individuo no reside en sí mismo, sino en sus relaciones con lo que no es él; que un individuo no es más que el entrecruzamiento de esas relaciones. El hombre no se encuentra a sí mismo cultivando su apartamiento, como lo creía el liberalismo romántico del “hombre natural”, ni como lo suponía la empicimada introspección de un Nietzsche, sino reconociendo y fortificando los lazos genuinos que le permiten ir

conociendo sus propias potencias. No lo iremos a descubrir en la trampa de una soledad sin salidas, en el fondo torturado de un Nietzsche, —no hallaremos allí sino locura— ni en la existencia separada —y culpable— de un Kierkegaard — donde no hallaremos sino angustia, desesperación. La fraternidad no podrá edificarse jamás como una suma de soledades. El drama del hombre, la «condición humana» no es ser un solitario, sino un aislado; no es ser un incomunicable sino un incomunicado, de hecho. No es tanto una fatalidad como un planteo donde se han invertido datos con incógnitas. Su esencia de «animal político» es estar entre otros hombres, pero la existencia se empecina en defraudar y desviar su necesidad de amor y simpatía. Las pasiones colectivas, las corporaciones políticas o sociales, con la irredimible impersonalidad de un interés general inubicable, todas esas secuelas de la emancipación política del hombre, conspiran contra su emancipación sentimental, al desplazar esos sentimientos de convivencia que forman la trama intransferible de la vida. Nuestras instituciones han montado sus mecanismos sobre el supuesto de unidades individuales, de los derechos naturales de un Hombre abstracto; esos derechos del hombre —orgullo legítimo de Occidente— son por ahora una frase maravillosa a la que falta darle un contenido cabal, un respeto mejor orientado hacia ese costado divino de lo humano que no entra ni entrará nunca en la parte del César, que no podrá ser nunca manejado, como aspira en el fondo la Ciencia Social de Occidente, con la misma desaprensión con que su hermana mayor —y ejemplo de la familia—, la Ciencia de la mecánica newtoniana, maneja el punto matemático y los cuerpos perdidos en la soledad infinita del espacio.

Es hora de cederle el primer plano de nuestra atención a las vinculaciones concretas, a las formas orgánicas de comunicación y asistencia, a esos círculos que como decía Aristóteles, «se pueden abarcar con la mirada». Sólo así se podrá fundamentar una democracia como la que soñamos, anclada en nuestras inclinaciones eternamente verdaderas. Es esa la única dirección que podemos seguir para abordar con esperanzas el problema magno del mundo actual: el de recuperar un sentido moral, una conciencia religiosa, compatible con nuestro descreimiento en poderes sobrenaturales.

SOBRE UNA REFLEXION DE COSIO VILLEGAS

por
Héctor M. Almada

I

Lo apremiante de la situación político-internacional, consecuentemente, el descubrimiento de una temática distinta; y sustancialmente, la nueva dimensión que desde los estoicos anima el pensamiento filosófico universal, parecería hacer determinado a los escritores contemporáneos a plantear (y plantearse) en todas las formas posible, el problema del hombre frente a la comunidad. Problema éste que en la pura realidad, no es más que el del hombre en sí, aislado, como resultante de su divorcio con el mundo. El contrato entre ambas partes parece haberse rescindido, como muy bien lo explica Martín Buber.

En tal sentido no nos parece arriesgado postular, que por efectos de su imprescindible libertad de creador, el escritor es uno de los más (sino el más) autorizado para dar su palabra. Para dar su palabra, y por ende comprometerse. Y no se crea que esto es cuestión de mayor o menor importancia, ni de evaluación justa y lógica de condiciones: las circunstancias ya lo han arrastrado consigo. Lo han arrastrado por partida doble; por un lado, los Estados —ya de hecho como de derecho— han llegado a comprender, que uno de los medios más eficaces para su conservación es el poder cultural. Así es que le presentan al escritor un público y mediocrementemente dotado, castrado en sus raíces primarias, y al cual él —también luchando por su conservación— deberá por todos los medios liberar; por el otro, el escritor se siente como nunca acuciado en lo que le es puramente personal: se siente angostado en cuanto a su determinación primera de escribir, y ha llegado a saber que tales limitaciones no solo le estorban la fuente única de su creación, es decir su libertad, sino que aún más —y es lo peor— se le hace cómplice funcional de la desgraciada situación del hombre en el mundo. Por todo ello, el escritor siente más que la obligación, la necesidad de comprometerse. El no hacerlo sería síntoma, ya de ineptitud para juzgar la realidad, ya de cobardía (Alex Comfort), o yendo más lejos, hacerse responsable y por lo tanto culpable, de la opresión contemporánea. (Jean P. Sartre).

Si bien estamos completamente de acuerdo con la actitud del escritor de nuestro tiempo, muy lejos estamos por un simple apoyo presupuestal, de aprobar todo lo que en ese sentido se escriba. Hacer tal cosa, sería caer en un convencionalismo más. De su labor no están exentos los desaciertos y las opiniones bajamente interesadas. El escritor contemporáneo se compromete realmente; pero no siempre siguiendo el

II

En el número 6 de «Cuadernos Americanos», (Año IX, 1950), Cosío Villegas reflexiona (aparentemente) sobre la situación coreana. No creemos realmente, que lo acaecido en Corea merezca perentoriamente, la opinión del mundo intelectual.

Creemos que mejor labor, es hacer abstracción de los hechos concretos y fomentar la comprensión de que tales hechos no son más que fatales consecuencias de circunstancias más generales y profundas. El aislar un acontecimiento internacional, nos puede hacer vulgarizar nuestro punto de mira, y por lo tanto, desconocer en tal suceso su calidad sintomática. Esto no le ocurre a Cosío Villegas, y aunque parezca paradójal, ahí radica su principal defecto.

Partiendo de Corea, Cosío Villegas llega a comprender que el mundo está siendo disputado por dos sistemas de vida distintos y excluyentes: el capitalismo y el comunismo. Pero todo ello a partir de lo de Corea, y partiendo de lo de Corea comienza a barajar ventajas y desventajas de uno sobre el otro. El defecto enorme de tal reflexión, surge claro; Corea no es una instancia más de este viejo conflicto, sino que para C. Villegas determina el momento en que debemos comenzar una plena apreciación de ambos regímenes con miras a una posterior y cercana toma de partido. Para que Corea sirva para tales fines, necesariamente habría que hacer lo de Cosío Villegas: simplificar el hecho en sí. A saber; los norcoreanos atacaron organizadamente a los coreanos del Sur; los del Norte responden a Rusia, los del Sur a Estados Unidos, por lo tanto el comunismo ha lanzado la primera piedra, el conflicto se avecina... y sin dilación alguna, nosotros, los americanos, como integrantes del mundo, debemos considerar nuestro destino. La objeción que primeramente se nos ocurre, es la de que para el acopio posterior de argumentos en contra del comunismo, Cosío Villegas no necesitaba de manera alguna que los norcoreanos atacaron a los del Sur; con o sin Corea, el conflicto entre ambos regímenes estaría —aunque más no fuera doctrinariamente— en potencia. Pero yendo al caso concreto, es inconcebible que Cosío Villegas no se pregunte para una ilustración mejor de lo que reflexiona (o como motivo esencial de su reflexión), porqué un pueblo puede ser dividido en dos partes —los del Norte y los del Sur— por medio de un paralelo (nada menos), y porqué aún sus respectivos e inconcebibles gobiernos deban depender el uno de una potencia y el otro de la otra. Aún más, parecería ignorar, que ya cuando la ocupación japonesa, hubo movimiento de liberación típicamente nacionales —que es lógico pensar que no sospechaban su filiación posterior— y aún movimientos revolucionarios que estaban animados por su propia naturaleza, de intenciones que sobrepasaban la de una mera independencia territorial. Nada de ello ha considerado Cosío Villegas. Allí, donde lo único que da materia para una reflexión, es el inalienable derecho de un pueblo a su autodeterminación, él sólo reconoce

la piedra de toque de un posterior conflicto internacional. No reflexionar sobre lo primero, es viciar su origen la reflexión sobre lo segundo. Tampoco considera la posterior actuación de Estados Unidos (intervención militar), sin orden previo de la U. N., ni el posterior consentimiento de ésta, amparada en la ausencia de Rusia del Consejo de Seguridad. (Decimos «amparada», porque de haber estado el delegado comunista, seguramente hubiera interpuesto el veto).

Si pensamos en todo esto, la simplificación de lo acaecido en Corea, se nos antoja inconcebible. Allí lo único que ha ocurrido y que ocurre, es uno de los tantos alevosos ataques a la libertad de los pueblos, con que se han manifestado ambos regímenes. Lo original del caso es que ambos han coincidido con un mismo pueblo. Sería importante conocer lo que reflexionan los propios coreanos —de uno y otro lado, del inocente y humillado paralelo— ya que sus opiniones a más de ser tan precisas, tan verídicas como sentidas, tendrían la virtud de ser más «coreanas».

III

«...el triunfo de los nortños no afianzaría la nacionalidad coreana, sino la haría desaparecer: del mismo modo, no ampliaría la libertad individual, sino la suprimiría. ¿Qué ocurriría si los surianos triunfaran? No se acabaría la nacionalidad coreana; subsistiría al menos teóricamente. En cuanto a la libertad, podría haberla en la medida en que los coreanos la apetecieran, pues no desaparecería el concepto de ella, y por ende, la posibilidad de lograrla. (Cuad. Americanos, pág. 47).

Tal es la médula de esta reflexión, afirmada en la distinción de esta lucha con las habidas en Méjico, Argentina y Chile. Estas eran guerras civiles, «guerra entre hijos de una misma madre: pero con todo lo bárbaro y execrables que fueron, el resultado de la victoria de uno u otro bando jamás comportaba la pérdida de la nacionalidad...» (Pág. 46). En cambio en Corea, no: es la lucha entre los comunistas del Norte y los nacionalistas del Sur. «La razón de todo esto es nueva pero sencilla: los nortños no hacen la guerra como coreanos, sino como comunistas, y para los comunistas carece de sentido la nacionalidad y la libertad; es más, considéranla estorbos de su causa. No habrá, ni puede haber, un comunista que se atreva a desmentir esta afirmación; hacerlo significaría ignorancia de la teoría marxista, o deseo infantil de engañar». (Pág. 47). Estamos de acuerdo en los último; eso identifica a un comunista (no a un norcoreano). Pero Cosío Villegas no puede hacer demasiado alarde de su conocimiento sobre el marxismo, dado que si no media una intención de abaratamiento de tal doctrina, no puede concebirse lo que más adelante le critica, entrando de lleno en sus premisas de economía. «...La desigualdad de fortunas h allegado a ser el peor agravio, y por eso se inclina el hombre con tanta presteza al despojo de la riqueza ajena. Si pudiera ser en esto un poquito más racional, le surgiría la duda de si le satisfará perdurablemente una nivelación que de modo inevitable, como toda línea media, se hará apenas un poco más arriba del pobre, pero por debajo de la mayoría. Por eso, y porque el hombre es hombre y no simplemente bruto, porque siempre tiene un costado noble, acabará por redescubrir la verdad alentadora de que

no vive sólo de pan, y, en consecuencia, llegará a dudar de sino valdría más ser menos rico, y hasta decididamente pobre, con tal de ser algo libre». Solamente en tren de ironías se pueden permitir tales críticas, y en especial manera las que siguen: «Otra cuestión es la de cómo puede resolverse a fondo, sin imposturas o espejismos, ese endemoniado problema de colmar de riquezas a todos los hombres. Desde luego debe descartarse la solución de que pueda hacerse la fortuna de todos con una riqueza que, por definición es de pocos». «...pero después, tendrá que abrirse paso esta sencilla verdad: si muchos han de ser los ricos, debe crearse, porque no existe, mucha riqueza». (Págs. 48 y 49). A esta altura dudamos si Cosío Villegas piensa esto seriamente, o si es muy sutil. Pero lo que nos hace tomar plena posesión de su razonamiento, es lo que agrega de inmediato: «...el comunismo acaba fatalmente con la independencia y con la libertad; pone en duda que éstas puedan existir práctica, realmente, en un mundo dominado por el imperialismo y en países que pueden caer bajo la tiranía...». (Pág. 49). Y surge una de nuestras críticas que consideramos fundamentales: con respecto a eso no solamente dudan los comunistas, sino todo ser, pueblo o cuerpo de doctrina que sienta una honda repulsión al más leve ataque a la libertad. El error de Cosío Villegas radica en oponer como único detractor del mundo occidental, al comunismo. Tanto se resiente la libertad con dictaduras transitorias, como con indefinidas apoyadas en doctrinas. Aún más, se resiente esencialmente en aquellos regímenes en que se haya fraguada, desmentida, por «libertades» concretas y estipuladas. Las frecuentadas «libertades» de Occidente, tienen su origen en la Revolución Francesa; Revolución ésta que quierase o no, fué de índole típicamente burgués. Fué el feliz movimiento de una clase rica, para desplazar o por lo menos equiparar en principios fundamentales, a una nobleza que le oponía como escollo insalvable, su ascendencia divina. Los principios que sirvieron, fueron los de: libertad, igualdad y fraternidad; con ellos se consiguió una masa para luchar y una jerarquía de valores, que convenía apreciar en forma indefinida. Pero eso sí, mucho recato se tuvo, (no podía ser de otra manera), de salvaguardar la base, el punto de apoyo, que a esa burguesía le otorgaba su opulencia: en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, el derecho de propiedad, adquirió las características de sagrado e inviolable. De ahí surgen nuestras libertades; libertades que sabiamente combinadas, son los pilares de un régimen de gobierno: la democracia. Lo que a continuación afirmamos dolerá a muchos, pero es innegable que en el mundo occidental, movido solamente por dos elementos tan dinámicos como amorales, el dinero y la razón (E. Sábato), la democracia ha sido el mejor instrumento de opresión (por lo menos de contención) del capitalismo. Esto parece no reconocerlo Cosío Villegas, y de ahí sus reflexiones sobre América Latina.

Nuestras tiranías sin comunistas, no son ni tan nuestras, ni tampoco han prescindido siempre de los comunistas. No nos debe detener en ningún momento, la consideración de que son dictaduras de latino-américa. Por más notable que sea el peligro comunista, siempre será una causa insuficiente, para que nos humillemos en pos de un nacionalismo

de opresión. No debemos olvidar, que la novelística americana nos ha informado —quizás sea su principal savia— de la desgraciada situación en que sobreviven los pueblos latino-americanos, y a nadie se le escapa, que aún en países como Bolivia, Venezuela, Perú, Ecuador y otros, el ser comunista tenga aún, algo de determinación simpática, de hábito revolucionario, en fin, un poco de romanticismo. En el Uruguay eso ya no puede ser; se conoce a ambos por igual: sabemos del capitalismo a través de su mejor representante, Estados Unidos. (Sabemos y no lo sentimos con tanta evidencia: nuestras riquezas naturales permitan una «democracia») y sufrimos a diario, las mentiras, mezquindades y volteretas de toda especie y hacia cualquier frente del Partido Comunista.

Sabemos aún, de oportunidades en las que los pueblos, han querido aprovechar de sus libertades, para alcanzar un estado superior de convivencia. La respuesta ha sido de un laconismo sangriento: el fascismo. En tales emergencias, el capitalismo ha comprendido que la democracia era una herramienta que no servía, y que era necesario tomar un último y deslenguado camino: la concentración estatal.

A esta altura, bien podemos hacer con respecto a ambos sistemas, la invocación que Cosío Villegas solamente hace pensando en el comunismo: ... ¡qué miserablemente corto se ha quedado el cristianismo, una religión, una filosofía, una moral justamente inventadas para exaltar el valor del espíritu en desmedro del material». (Pág. 49).

IV

Que Rusia a través del Partido Comunista de cada país, trate de destruir la nacionalidad de los mismos, parecería ser, doctrinariamente, lo más acertado. (Prácticamente se les ha visto más de una vez fomentándola, y no se han sentido muy incómodos, los demócratas que con ellos se han aliado). Cosío Villegas recuerda con razón, el fracaso del socialismo en 1914, cuando pregonaba la abstención a la guerra. Indudablemente, la causa de ello, fué la inconsistencia doctrinaria, frente al sentimiento nacional enardecido. De igual modo, puede explicarse contemporáneamente, la independencia de Yugoslavia frente a Rusia, a pesar de basarse puramente en los lineamientos del marxismo.

Ahora bien; afirmado en tales premisas, el escritor que nos ocupa, define las características del conflicto entre Estados Unidos y Rusia, de la siguiente manera: «Esa lucha puede desembocar hoy o mañana en una guerra; pero no en una guerra internacional, entre naciones, sino en una guerra en la cual habría naciones de parte de Estados Unidos, y «clases» o bandos del lado de Rusia». (Pág. 49). Como consecuencia lógica, cabe preguntar si los latino-americanos, sentimos aún la nacionalidad y «el grado de sacrificio a que están dispuestos para hacerla guardar»; si continuamos amando la libertad humana, como única condición de la existencia del ser humano, y de una sociedad también humana; o si «... su sed de riqueza es tal, que, para apagarla de golpe, aún cuando quizás sólo momentáneamente, están dispuestos a sacrificar una independencia y una libertad personal para cuyo logro supieron en otra época poner esfuerzo, talento y sacrificio». (Pág. 51). El dilema entre dos términos únicos y excluyentes, continúa. Antes que nada ha-

bría que contestar, que el verdadero sentido de nación (no el patrioter), no se defiende: se siente o no se siente. El precitado ejemplo de Yugoslavia — con todas las salvedades políticas del caso — demuestra que el sentido de nación, es compatible con cualquier movimiento de elevación y nivelación social, suponiendo que en este caso lo hubiera. Debemos comprender que a nuestra nacionalidad tanto la ofende la dictadura soviética, como cualquier clase de despotismo americano, y que la defensa ciega de América Latina, no haría más que robustecer tales regímenes. Por otra parte, mucho habría que conversar (y se ha conversado), sobre si los gobiernos de hecho que soportamos, responden a desgracias intestinas, o si con ellos tiene mucho que ver Estados Unidos. Sería interesante conocer la opinión de Cosío Villegas, sobre el movimiento de los portorriqueños, en favor de su nacionalidad. Sobre todo si él piensa, que: «Cada vez se agudiza más, para desgracia de todos, la animadversión contra este país (Estados Unidos)», animadversión de cuya existencia y peligros me permití hacer una pequeña profecía hace ya siete años. Esa animosidad se nutre de hechos ciertos, de agravios reales; pero crece irracionalmente y la atizan los comunistas. Que éstos, consecuentes con sus ideas y sus fines, lo hagan, lógico y natural parece; pero es ya excesivo que los liberales la enciendan con argumentos impensados, y que lo hagan a pretexto de defender a su patria. La dañan, no la defienden ni la fortifican; y el daño puede ser irreparable» y que «...no siempre es posible elegir las compañías, no ya en la vida internacional, pero ni siquiera en la individual privada, con la agravante, si así se la quiere llamar, de que todavía cabe menos en aquélla la solución que hasta en la segunda es muy relativa: el aislamiento o la misantropía» para terminar con... «¿Desde cuándo Estados Unidos es un país de apesados? ¿Desde cuándo lo forman burladores sin conciencia, bandidos sin escrúpulos, atropelladores desenfrenados? No sólo semejantes supuestos carecen de sentido, sino que pudiera hacerse un balance afinado y objetivo de la conducta internacional de Estados Unidos y de cualquier otro poder colonial de la tierra, Holanda, Francia e Inglaterra, España, y Estados Unidos saldría mejor librado». (Pág. 56). Si tomáramos tales presupuestos como fatales, el gesto de los nacionales de Puerto Rico y de tantos otros pueblos que alientan iguales esperanzas, sería en los momentos actuales, de una insolencia sin límites. Claro que Cosío Villegas se apresura a declarar, que los latino-americanos han sabido contrarrestar a Estados Unidos, y que finalmente han sido los débiles quienes se han impuesto, oponiendo el derecho a la fuerza; pero creer que América Latina se justifica por sus luchas contra quienes le han obstaculizado su camino, importa lo mismo que aceptar la necesidad de que alguien nos estorbe. Desgraciadamente, no nos justificamos por lo que somos, y menos aún por nuestras esporádicas y frustradas rebeldías: nos justificamos por nuestra dependencia. El afirmar con Frank Tannembaun, que la política del «buen vecino», se debe tanto a F. Roosevelt como a la «terca» e «insobornable firmeza» de Carranza, equivale a aceptar la doble dimensión de tal doctrina: en lo internacional, el apoyo a cualquier dio

tadura, con tal de proteger los intereses de Estados Unidos; en lo interno, la eliminación de Wall Street, en vías al capitalismo de Estado.

V

Muy bien lo dice W. Lockart: «La democracia —enseñaba Platón— conduce a la tiranía. Defenderla no consiste en disimular sus aberraciones y sus amenazas a cuenta de los beneficios que en ese interregno recibimos. La creencia en un progreso unilateral provoca una desatención a casos peligrosos. No sabemos si la fatalidad de los ciclos históricos, tantas veces ratificada, nos exime de responsabilidad. Pero hay una sola manera de fundamentar la esperanza, y es aceptando lúcidamente todas las desesperanzas. Debemos así convencernos que los planteos hoy más notorios, no son indispensables; que muchas de las obsesionantes oposiciones del día, al incluir un pro y un contra propuestos igualmente por un racionalismo económico que pretende abarcarlo todo, no hacen más que distraernos de los intereses permanentes del alma humana». («El pueblo. ¿Mito o realidad?» — ASIR, N.º 18, pág. 12).

Tales son los términos reales de la cuestión. No es problema de nacionalidades, ni de latinoamericanos; el problema es únicamente del hombre. Del hombre que una vez más asiste a una crisis de un mundo enteramente lógico; de un mundo que se alimenta de mitos netamente anorales, y en donde el hombre no es más que una simple abstracción. Salvando las evidentes distinciones de ambos regímenes, y de sus formas de imperialismo, en cuanto a tal desconsideración del individuo, ambos son iguales. No se quiere creer —y Cosío Villegas entre ellos— que Estados Unidos no resume en sí como se afirma, los mayores defectos de Occidente; al contrario, es el mejor exponente. Es el fiel representante de una civilización que se fundamenta en la Razon y la Máquina. Frente a ella se alza Rusia. La Unión Soviética ha tratado al ser humano —partiendo de la doctrina que la anima— en forma más razonable. Muchísimo más razonable; es decir, lo ha ignorado por completo. Ha elevado el tecnicismo a sus formas últimas; es por eso que no está muy errado, quien afirme que Rusia es en nuestros tiempos, un país perfectamente occidental. Es por ello que creemos, que la disyuntiva no es entre Estados Unidos y Rusia; que no es entre un mal menor y un mal mayor, y menos aún entre Occidente y Oriente. La elección es la siguiente: o se es cifra, o se es hombre. O se integra activamente un mundo que nos desconoce, o nos aferramos a nuestra naturaleza y enfrentamos con responsabilidad nuestro destino (elegido). Tomar partido por uno de los regímenes, mediando consideraciones de ventajas momentáneas, significa robustecerlo en vías a la eternidad. No valen los argumentos de libertades perfectibles por un lado, y su carencia absoluta por el otro. La libertad, en cuanto a fundar al individuo, no admite grados: se es libre, o no se es. Nada importa que de un lado de la «cortina de hierro» se pueda escribir «La hora veinticinco», y del otro no, lo que verdaderamente importa, es que en ningún rincón de la tierra, pueda ser requisado un Morita. Claro está, que como bien lo expresa Ernesto Sábato («Sobre el derrumbe de nuestro tiempo». Sur N.os 192-93-94-, pág. 91), se podrá argumentar, que, entre dos Super-

estados a punto de desencadenar la Lucha Atómica, no valen de nada las utopías. «Se puede contestar: Primero, que si los Superestados están listos para desencadenar la Lucha Atómica, nada más utópico que esperar algo de ellos, porque lo más probable es que sucumba toda nuestra civilización y desaparezcan del ras de la tierra los seres humanos y los monumentos de su grandeza pasada. Y segundo, que el poder meramente físico no puede ser argumento para resolver los grandes enigmas del espíritu humano: podrá aniquilarlos, no resolverlos». Tampoco es admisible que se nos quiera inclinar hacia uno de los bandos en busca de la seguridad. La mayor seguridad a que puede aspirar el individuo, radica en encontrarse a sí mismo, y es muy posible que una vez que ello ocurra, nos sorprenda saber, que la esencia de nuestra naturaleza, es la inseguridad.

Cosío Villegas entiende que en materia internacional no se pueden elegir las compañías. Tal será la política más o menos pertinente a los Estados, pero con ella (y en ella) el individuo no cuenta. El hombre seguirá siendo un «extranjero» en el mundo, y sufriendo día a día las vicisitudes de un «proceso», del cual no conoce ni los jurados, ni el por qué del juicio.

Además se nos quiere acorralar, a quienes pensamos de esta manera, exigiéndonos soluciones. ¿Soluciones, por qué... para qué? ¿Por qué habríamos de darlas? Soluciones para un problema al cual no hemos creado; para un problema, que en su médula de tal nos ignora, y que, su sospechable desenlace, será el de arrasarnos. La solución es puramente nuestra, y radica en nuestra rebeldía; rebeldía a dejarnos desconocer y a desconocernos a la vez. Y la responsabilidad con que adoptemos tal solución, habrá de eximirnos, por lo menos, de responsabilidad, ante el derrumbe inhumano que se avecina. Sabemos como Albert Camus, que nuestra generación está inevitablemente sacrificada. De nuestra actitud depende, que tal sacrificio sea estéril o fecundo, con respecto a la preparación de una nueva y muy distinta civilización. Al decir distinta, nos referimos, claro está, a que sea plenamente por y para el hombre.

UN MUNDO NOVELESCO

por
Domingo Luis Bordoli

En cualquiera de nuestros pueblos del interior uno puede releer a Morosoli, de una manera impensada y gozosa, al dar vuelta la esquina verde de un arrabal, al escuchar un pregón, al mirar un trozo de camino o el paso de las nubes. Allí donde el pueblo se hace campo, este mundo de Morosoli, entre las hojas lentas y ventrudas de los zapallos, se desparrama, tieso al sol.

No es tanto una coincidencia fotográfica de las realidades, como en virtud de una contemplación absorta y desnuda, que nos identificamos con el escritor. Una contemplación que excluye de sí todo cálculo, todo sentido ideal y hasta el más débil desco, permite descubrir esa sensibilidad flotante, ese "aire" que tienen los seres vivientes y los paisajes.

"Ahora venía y se daba cuenta de golpe que hubiera sido feliz con una casa en la orilla del pueblo. Con un ombú, unas gallinas y una vaca. Y un arroyo con sauces en sus domingos". (de "Muchachos"). Todos estos seres y cosas se hunden en el silencio y en la transparencia como en una especie de memoria evocativa, y resurgen, luego, húmedos, viejos ya de vida, solitarios, y, casi diríamos, resignados, si no advirtiéramos al mismo tiempo en ellos, una fina y como remota insaciabilidad. Este ambiente de nuestros pueblos que Morosoli ha presentado tantas veces, muestra una profunda voluntad por lo inmóvil y mudo. La monotonía de los actos iguales o, a veces, el placer contemplativo, engendran ese terco ensimismamiento.

Un personaje de Morosoli se nos aparece, frecuentemente, en un cierto esquema de simplicidad y de silencio, con una raíz afectiva recubierta de sobriedad y que no excluye ni una experiencia del mundo, ni la posibilidad de la aventura y el peligro. Si no queremos considerarlo buenamente, de entrada, podemos vincularlo a menudas "raterías", pensarlo con el cuchillo en mano alguna vez; y en casi todos los casos, borrachín. Pero este buscavida sin destino, será incapaz de la maldad razonada, a largo plazo, sin rostro, y protegida, como la que realizan a diario hombres y grupos de hombres más poderosos e influyentes.

Por otra parte, un sentimiento profundo de la monotonía, acaba por envolver a estos seres en el capullo de una idea fija o de una imagen —ya del porvenir o del recuerdo— a la que han de entregarse por entero. Desde los bancos del liceo, en las páginas de Asorin o en los versos de Machado, hemos sentido esta monotonía capaz de elevarse hasta lo delicioso. La hemos respirado, a cada instante, en la vida del pueblo; allí, cualquier lacónico habitante sabe que ha vivido, en un número excesivo de veces, ese ambiguo estado que equilibra entre la asfixia de lo repetido y el encantamiento de lo inmóvil. No había ninguna dife-

renuncia entre lo que nosotros éramos entonces, algo que se estaba ahí quieto, puesto al sol, y la campanada del reloj de la iglesia gravitando infinita en su lentitud, sobre la calma de una calle. Basta haber experimentado esta sensación algunas veces, para comprender que puede entrarse en la sangre de un muchacho joven, o de un hombre hecho que caza nutrias o corta leña en el monte, y desgarrarlos para siempre. Esta monotonía solitaria, traicionera como un estupefaciente, acaba por elevar la pereza y la perplejidad vegetativa a las condiciones supremas de la intuición de lo viviente. Se renuncia a todo cambio, a todo esfuerzo, a todo interés o esperanza. ¿Qué triunfo de la inteligencia, del instinto o de la ambición, podría soltar ese jugo delicioso del asombro ante lo que es siempre lo mismo, esa abundancia exacta de una delicia sin deseo y, finalmente, ese olvido de sí y del mundo llevado al extremo de no poder identificar ya ninguna cosa?

Casi sería superfluo agregar que estos personajes de Morosoli, no han tenido nunca un periódico en sus manos, y apenas, alguno de ellos, ha frecuentado pocos días una escuela. Pero lejos de ser ignorantes o torpes, mantienen hacia la naturaleza un silencio lleno de simpatía, incluso de voluptuosidad y adoración; el mismo silencio que con un sentido indiferente dejan caer frente a la sociedad. ¿Religión, Política, Lucha de Clases?, no vale la pena nombrar estas palabras, si uno tiene delante a uno de estos monomaniacos de la soledad, capaces de amar hasta el fanatismo, su pobreza y su vagabundaje. ¿Son pícaros, entonces? Demasiado tristes, y también faltos de gracia, para utilizar esa máscara deportiva de la desilusión, no tienen ni juventud, ni hambre —aunque les sea una peripecia diaria el alimento—, ni el impulso arriivista, ni el arte de engañar. Y, sobre todas las cosas, desprecian la palabra. Para definirlos sería más apropiado pensar un árbol, la tierra del camino, las piedras, la laguna, que recurrir a una imagen humana.

“Los vientos perezosos del mediodía, arrancaban a los caraguatáes, cortantes como latas, sonidos que daban sed.

“En los días de invierno engordaban. Lunas aguamosas, sin borde, se quedaban enredadas en los juncos. Vahos de espesa niebla sobrenadaban en los espacios sin vida. Desde el fondo del bañado —como respiraciones— reventaban en la superficie bombas de aire con sonidos de úes.

Pedro era como el bañado”. — (De “El Garcero”).

Son personajes que devoran en el silencio lo más rico y más íntimo de su propia sustancia. Qué deseo de amar o de ser amado hay en aquel “alma e'Dios”. Acuña que, en la alta noche, cuida el sueño del compañero viejo, arrebujándole las mantas. Uno ve resplandecer como una hostia este acto de amor que se ha entregado solamente al silencio y a la noche. Uno se pregunta por qué ciertas formas crueles de la virilidad: la hurañez, el laconismo, la dureza contra sí mismo, aparecen inexorablemente a tiempo para estrangular las efusiones más tiernas.

En su último libro, la novela “Muchachos” aparecida a fines del año anterior, Morosoli busca vincular de algún modo estos hombres y ambientes. Ha elegido una época, la que media entre 1910 y 1914, y ha elegido un muchacho como protagonista; un muchacho de actitudes si-

lencosas o inmóviles. No plantea a la vida ningún problema; no ha tendido Pedro Umpiérrez un solo cálculo sobre el porvenir; carece de todo tipo de curiosidad, y no tiene ninguna fiebre de aventuras. Es también un acierto que no haya nacido, para nada, precoz. Esta lentitud con que se transforma su alma, es la más segura prueba de su autenticidad; un hombre debe hacerse tan lenta y vigorosamente como un árbol. De este modo, Perico vase impregnando de la vida de en torno: correrías infantiles, siestas, arroyos, caminos, los mandados, las madrugadas, el asombro ante los oficios y los jornaleros, y en tanto, el silencio, siempre, intercalado entre cada una de estas cosas, dando sin querer, un alma, un orden, un color, un clima, un peso, y una soledad. Al mismo tiempo su carácter se va configurando, ante el ejemplo de ciertos hombres y como reacción a la brutalidad de ciertos hechos. Pero el protagonista casi no actúa. La experiencia lograda por esta pasividad de Perico es capaz de entregarnos un clima más cercano a todo, al hombre y a las plantas; un color del tiempo, una flotante emoción de época.

Dentro de la espontaneidad con que la vida corre en esta novela, sorprende del modo más reconfortante la salud moral que se consolida detrás del horror de algunos hechos. Por ejemplo, la escena del perverso, disfrazado de amazona en la noche de carnaval, y apuñaleado en la madrugada, echando sangre en un zanjón que "cegaben poco a poco latas vacías y residuos". Pero esa misma amazona había deslumbrado al niño, unas horas antes, con la sensación de su arrogancia y su belleza, con su perfume "de esos que entraban y se quedaban para siempre en algún lugar del espíritu". Ahora, espantado, el niño está delante del monstruoso equívoco, con su primer despertar hacia la sensualidad y la hermosura, aqerosamente trizado en la imagen de un zanjón basurero, y en la voz del hombre ebrio que repite: —Me traje engañado... Creí que era un mujer.... Una desconfianza sombría frente a la belleza ganará el alma del niño, y la sensualidad no será para él otra cosa que mezcla de sangre, latas, asco y alcohol.

Si tenemos en cuenta otra circunstancia en que el protagonista vuelve a encontrarse con un hecho espantoso, casi podríamos deducir que es el horror, en sus manifestaciones más primitivas, el que va limitando al protagonista y en cierto modo, modelando su carácter. El episodio de Abelardo, el hecho más intenso de la novela, entrará como una cuchillada en la sensibilidad de Pedro Umpiérrez. Desde entonces, casi como plano último de su alma y de la vida, hallará un fondo de horror. Sobre éste, podrán pasar luego imágenes juveniles y sonrientes, pero el horror está allí, fijo, de ébano, como un ataúd. En las más delicadas telas del alma algo se ha roto para siempre. Quién ha visto en la primera juventud un hecho de tal naturaleza, ha perdido la posibilidad *profunda* del descanso, del sueño, del júbilo. Claro que de alguna manera se olvida, y de alguna manera peca a todo, uno descansa, sonríe y sueña.

El negro Abelardo "era fuerte, alto y elástico, "negro total" sin entrevero de blanco. A caballo era un precio para trabajar en un rodeo". El negro Abelardo bueno para todo, conocía una única cobardía. De

un fatal recuerdo de la infancia le llega ese pánico sobrenatural que le impide echarse al agua.

—Estaba un día en el arroyo con la madre y los tres hermanos. Ella lavaba lana en una batea con lejía... Y fué en un momento que la pobre se alejó, que Abelardo tiró el agua de la batea, la empujó de la orilla, e hizo entrar al agua y la subió de salto...

—La embarcación improvisada comenzó a deslizarse lentamente. Ya en el centro de la laguna a impulsos de la corriente suavísima se fué alejando. Recién entonces se asustó Abelardo, y comprendió lo absurdo de la aventura. Hizo un movimiento para desviarla hacia la orilla. La batea se sacudió y él cayó al agua.

—Comencé a los gritos —contaba— y vide venir a mamá corriendo... Zambullí dos o tres veces... Me sacó tío Matías, que apareció no sé de donde... Yo tenía las uñas de los pieses llenas de barro y en la mano un racimo de lamas...

—Después vide que mamá no estaba... La sacaron al otro día a la pobre..."

Pero su padrino Sosa por nada del mundo habrá de consentir ese temor al agua de Abelardo, y mientras mira al "pueblerito" Umpiérrez nadar sercnamente, clava sus ojos coléricos y retadores en el ahijado.

—Oyarte vió como Abelardo subió temblando la barranca. Aún no había comprendido toda la terrible ira que había en la orden del padrino.

—¡Tá enfermo!, le preguntó.

—¡Y!, inquirió éste.

Permaneció mudo el negro. Entonces vió Oyarte como Sosa avanzaba resuelto y casi rígido de rabia hacia el muchacho. El rebenque empuñado como una daga en la mano adelantada.

—Tírate, te mando!

Pareció no oír Abelardo.

Entonces el mango con la argolla brutal cayó tres o cuatro veces de paleta a nalga. Abelardo sólo dejaba oír un gemido seco, como el que dan los leñadores cuando descargan el hacha sobre el tronco. Hasta que al fin se volvió de golpe de espaldas a pecho. La argolla pegó entonces en los testículos y el miembro. Abelardo dió vuelta en el aire, estranguló un grito en la garganta y se fué barranca abajo, rebotando, hasta caer como un fardo en la laguna.

—¡Arrimáte!, gritaba Oyarte. ¡Sacálo!

Se tiraba Sosa ahora.

Lo sacaron semi ahogado, pero se recobró pronto. Tenía las manos frotándose la parte golpeada y gemía de una manera angustiante.

—¡Paráte! Hacé por pararte...!

Lo tomaron de las axilas y lo pusieron de pie. Un hilo de sangre comenzó a correr por el miembro cárdeno.

—Sujetálo que se cae, —apremió Oyarte—.

Lo tomaron despacio y lo tendieron en la gramilla. Los tres estaban demudados. Tras un silencio, Oyarte dijo estas palabras:

—Creo que lo ha deshecho, compadre...”.

Perico no puede resistir aquel espectáculo que le afloja todo el cuerpo y toda el alma, en una postración unánime, sin olvido ni término. Y huye de allí montado en su caballo, y ve que el mundo se ha quedado ahora, bruscamente desierto.

“Se sintió solo, solo, perdido en aquella otra soledad del campo que parecía haber nacido de golpe tras aquel talerazo que abatió a Abelardo. Todo estaba detenido. Como muerto ya. Hasta el sol, que parecía un sol ya parado definitivamente sobre la soledad de la tierra. Los animales, aplanados sobre el valle rico de pasturas habían forrajeado ya, y estaban quietos, apretados por aquella luz amarilla, detenida, muerta. Parecía que todo, hubiera pasado de la vida a la muerte sin modificar sus actitudes y sus volúmenes y sus colores”.

* * *

A sus cincuenta años es la primera vez que Morosoli escribe una novela. La objeción más importante que le han hecho amigos y escritores, consiste, precisamente, en no ver en este libro la novela que pretende ser. De acuerdo a esta crítica estaríamos en presencia de un conjunto de cuentos o, mejor dicho, de una galería de retratos, unidos muy débilmente por un protagonista que se mantiene casi siempre a la expectativa. Sin dejar de reconocer todo lo que este juicio tiene de verdadero, cabe recordar que ciertos libros, consagrados como clásicos, y a los que no se les ha negado su esencia novelesca, presentan características análogas. Por ejemplo, en la novela picaresca “El Lazarillo de Tormes”, asistimos a una serie de cuadros de costumbres en los que el personaje queda reducido a un débil hilo conductor. Quizá como una novela de costumbre pueda también ser definida esta última obra de Morosoli. El mismo autor parece sugerirlo cuando nos dice en el prólogo, que ese libro ha sido escrito “para asir un tiempo que se nos fué en los amigos que se murieron, las costumbres que cambiaron y que pueden morir totalmente para nosotros mismos, si no cumplimos el deseo de escribirlo”.

Vinculando esta narración que busca apasionadamente asir la realidad, con otras obras narrativas de nuestra literatura, observamos como conclusión general, entre nosotros, la ausencia de la novela de intriga. La simplicidad del tema no es mero capricho del escritor. Nuestra vida individual y social parece no tener nada de novelesca. Quizá no ha llegado nuestra sociedad al grado de complejidad y de hipocresía que hacen posible al intrigante; quizá no hayan nacido los artistas capaces de descubrirlo; o bien puede ser que la desvergüenza o el descaro, métodos simples y al alcance de todos, le hayan ahorrado al Mal, entre nosotros, toda suerte de refinamientos engorrosos.

“Los sudamericanos adolecen de una pavorosa falta de imaginación”. Muchas veces después de la lectura de obras nacionales, hemos vuelto a pensar en esta frase del conde de Keyserling. Si por imaginación

entendemos la creación de un mundo fantástico, la subversión de un orden real, o el mero entredo folletinesco, sin duda alguna que, entonces, sólo en grado muy ínfimo poseemos esa facultad. Pero nuestros escritores nos han ofrecido, y hay ejemplos, precisamente, en estos "vagabundos" de Morosoli, una capacidad de "ensoñarse" con las cosas; de verlas así, puras, solas, casi irreales; de verle su temblor en el mundo, sin menoscabo de su objetiva realidad. Y de hacerse uno un poco sueño, al verlas. Si no se puede hablar aquí de "una sensibilidad de la imaginación" tal como ha sido definida por Baudelaire, podemos notar, en cambio, una especial aptitud para el asombro; para ese tipo de contemplación que deja al hombre, suspenso y primitivo, extraño a su propio mundo y, sin embargo, más que nunca, criatura terrestre. El personaje de Morosoli, Andrada, puede tener aquí toda la pujanza de un símbolo; cuanto más vive más se le siente parecido a una sombra; cuanto menos desea, más el mundo le resulta adorable y desconocido.

"Los hombres, los días y los años se iban sin tocarlo, sin rozarle el alma, que él tenía solo para los domingos del monte.

—¡Pero que un monte es cosa linda!...

Era una cosa linda que él poseía en silencio, domingo a domingo, mientras se le iban los años y se le iban los hombres".



EL ESTILO DE RODO

Forma del mar, numen del mar, de cuyo seno inquieto sacó la anti- güedad fecunda generación de mitos, Proteo era quien guardaba los re- baños de focas de Poseidón. En la "Odisea" y en las "Geórgicas" se can- ta de ancianidad venerable, de su paso sobre la onda en raudo coche marino. Como todas las divinidades de las aguas, tenía el don proféti- co y el conocimiento cabal de lo presente y lo pasado. Pero era avaro de su saber, esquivo a las consultas, y para eludir la curiosidad de los hombres apelaba a su maravillosa facultad de transfigurarse en mil for- mas diversas. Por esta facultad se caracterizó en la fábula y ella deter- mina, en la clave de lo legendario, su significado ideal. (De "Motivos de Proteo").

Quien no recuerda esta melodía envolvente, cual una ola que se pronuncia y desmorona de puntillas, casi suspensa, viniendo abajo profunda y blanca entre murmullos. Sobre la voluptuosidad del sonido se siente aquí la voluptuosidad del movimiento. Nos asalta de golpe el pensamiento de A. Rodin: «Todo el secreto del estilo está en el movimiento». En sus mejores páginas el estilo de Rodó se experimenta cual reiterada pero inasible geometría. No basta el ir y venir de lo isócrono, porque demasiado relevante permite ser fácilmente percibido, y, no sin disgusto, la conciencia se presta al juego de entregarse a un compás que ha adivinado. Si «El ritmo es hipnosis» como afirma Bergson, es por lo tanto necesario que nuestra percepción sea dominada por una simetría, sensible sí pero no localizable; es la repetición que no puede esperarse en ningún momento preciso, porque indefinida, se multiplica y fragmenta, sin anularse, en un sinnúmero de equivalencias imprevistas. Y de este modo, nuestra conciencia, vencida en su afán de precisarlo e incapaz de resistir a su influjo, resbala, juguete de una arbitrariedad que mágicamente se hace un orden, hacia el embalseo y el sueño.

La sucesión rítmica y gradual de la vida, sin remansos rápidos, de modo que la voluntad, rigiendo el paso del tiempo, sea como timonel que no tuviera más que secundar la espontaneidad amiga de la onda, es, pues, idea en que debemos tratar de modelarnos; pero no ha de entenderse que sea realizable por completo, mucho menos desde que falta del Mundo aquella correlación o conformidad, casi perfecta, entre lo del ambiente y lo del alma, entre el escenario y la acción, que fué excelencia de la Edad Antigua. Las mudanzas sin orden, los bruscos cambios de dirección, por más que alteren la proporcionada belleza de la vida y perjudiquen a la economía de sus fuerzas, son, a menudo, fatalidad de que no hay modo de eximirse, ya que los acontecimientos e influencias del exterior, a que hemos de adoptarlos, suelen venir a nosotros, no en igual y apacible corriente, sino en oleadas tumultuosas, que apuran y desequilibran nuestra capacidad de reacción. (De "Motivos de Proteo").

Hay en los amplios meandros de esta frase, una armonía donde se duerme un poco el pensamiento, una paz de la idea que podría acabar en la pereza; porque, retirada de las zonas profundas donde su nacimiento implica infinitas peripecias, aparece ya hecha, límpida, vista plásticamente y hasta soñada con goce sensual. Sobre esta idea fija, inmóvil, pasan y repasan las más graciosas ondulaciones de palabras, tal como, sobre un arrecife, las olas.

La ocasión obliga con igual imperio, a esta América nuestra. El sentimiento del pasado original, el sentimiento de la raza y de la filiación histórica, nunca se representarían mejor para la América de habla castellana que en la figura de Cervantes. Cualesquiera que sean las modificaciones profundas que al núcleo de civilización heredado ha impuesto nuestra fuerza de asimilación y de progreso: cualesquiera que hayan de ser en el porvenir los desenvolvimientos originales de nuestra cultura, es indudable que nunca podríamos dejar de reconocer y confesar nuestra vinculación con aquel núcleo primero sin perder la conciencia de una continuidad histórica y de un abolengo que nos da solar y linaje conocido en las tradiciones de la humanidad civilizada. (De "El camino de Pasos").

Vemos aquí la vieja fábrica del «academicismo»: un cansado entusiasmo, un fungoso lenguaje; y la verdad trivial, remachada, sin tregua, por aldabonazos oratorios. Quizá la innata timidez del escritor, o la pobreza del ambiente intelectual de su ciudad; un mal entendimiento del equilibrio espiritual, que no ha de significar, por fuerza, defensa del lugar común o de lo universalmente prestigiado, encerraron a Rodó en esa actitud académica. No sin pena, en escritor tan digno de amor, advertimos esos chorros verbales, esas bisagras sobre las que se pliega y despliega el pensamiento; o esos pedales que echan, abrumadoramente, la frase hacia adelante.

Desplegadas las alas, suelta y flotante la leve vestidura, que la caricia de la luz en el bronce demasquinaba de oro; erguida la amplia frente, entreabiertos los labios por serena sonrisa, todo en la actitud de Ariel acusaba admirablemente el gracioso arranque del vuelo, y con la inspiración dichosa, el arte que había dado firmeza escultural a su imagen había acertado a conservar en ella al mismo tiempo la apariencia seráfica y la levedad ideal. (de "Ariel").

Casi medio siglo antes habían descubierto los parnasianos el «verso escultórico». Idéntico calificativo merece esta prosa, a cuyo ardor por lo palpable y visión acariciante, se une el goce de una luminosidad mediterránea y el deseo de expresar el relieve de las formas. No cesan de aludir a la escultura los críticos de Rodó, cuando procuran definir la seducción de su estilo. Así Pérez Petit: «... ahora viene lo más rudo de la tarea, el minucioso examen gramatical, la elección de los vocablos sinónimos, el pulimento de la frase, la sustitución de unos calificativos por otros, el pequeño golpe que da suprema elegancia a todo un cuerpo escultural. Asimismo Zum Felde, escribe: «... la prosa intelectualista de Rodó, siempre más cerca del mármol que de la carne (del mármol dijo que era «la carne de los dioses») y más cultora del dibujo que del color...». Del mismo modo, Emilio Oribe: «... a través del discurso admirable y mu-

sical de sus símbolos proteicos, todas aquellas dimensiones de lo contemporáneo adquieren un dorado fulgar apolíneo, parecido al que el sol coloca sobre las nubes y las convierte en dioses, templos, mármoles y acantilados contra azules playas».

Este efecto escultórico de su estilo, podría explicarse por la constante presentación de imágenes en los términos de dicho arte; por las numerosas alusiones a una Grecia apolínea, de formas ligeras y desnudas y de perfecciones estatuarias; porque ha elegido para iluminar su mundo la luz de la escultura, esa pulimentada claridad azul del mediodía, y no la luz coloreada del pintor; por la búsqueda del relieve en su visión: lejos de echarse a volar con los adjetivos, Rodó sigue atentamente a la idea en toda su significación material. Más que pensar ideas, parece pensar cosas, imágenes, formas, visiones. Es, precisamente, por la observación de la realidad, siguiendo desde su origen el dinamismo de sus líneas o remarcando alguna de sus maneras sobreentendidas u olvidadas, que Rodó logra dar a su estilo el peso y la fortitud de lo corpóreo. Por ejemplo: «... donde las flores acarician los ojos de los convidados que el pensamiento enciende con luz íntima ». O en «El barco que parte»: Mira la soledad del mar. Una línea impenetrable, tocando el cielo por todas partes menos aquella en que el límite es la playa, Un barco, ufano al porte, se aleja, con palpitation ruidosa, de la orilla».

D. L. B.

BUEYES PERDIDOS

Para el Dante la poesía está en el Limbo, el amor en el viento y la maldad en el hielo.

•

El Limbo es el Paraíso Infernal, la región inmortal, tranquila y desesperada a donde suelen ir los poetas, aquellos inocentes que han hecho trato con el Diablo.

•

La Divina Comedia es, quizá, entre otras muchas cosas, la más profunda justificación mística de la lujuria que posee el espíritu humano. Ya en el principio de la obra, es una pantera, símbolo de la lujuria, la primera bestia que le cierra al poeta el camino hacia la virtud. Pero, en la frescura de aquel amanecer primaveral, *la fiera de manchada piel* llena de confianza el alma del viajero perdido. Es que la pantera de la lujuria es un aviso de Dios al mismo tiempo que una tentación del Demonio.

•

No es azaroso que, cuando la pantera aparece, el Dante señale que el sol naciente estaba «rodeado de las mismas estrellas que lo acompañaron cuando el Divino Amor creó aquella obra maravillosa». Y no nos olvidemos que el canto VIII del Paraíso, al ascender al tercer cielo, que es el de la estrella Venus, el poeta conoce que se halla en aquel lugar porque ve aumentada la hermosura de su señora Beatriz. En ese momento sentimos que la belleza de aquella criatura celestial aún no ha perdido su fragancia terrena.

•

De los caminos que llevan al Infierno, la lujuria es, posiblemente, el que pasa más cerca de Dios.

•

Pero, es preciso no confundir lujuria con lascivia. La lujuria obedece a un estremecimiento del espíritu al mismo tiempo que a la apatencia de la carne. La lascivia se retuerce sobre sí misma; es el deseo de un espasmo superfluo y mecánico que puede llevar a cualquier aberración, no sólo porque no arriesga el alma, sino porque no toca lo más íntimo del sexo.

•

No es posible igualar a Circe con Calipso, ni, mucho menos, a la pobre y degradada Madame Bovary con la enamorada y trágica Melibeá.

El término lujuria es un latinismo que, entre otros sentidos, tiene el de exuberancia, vigor y exceso; mientras que la lascivia significa: diversión, juego, libertinaje y pedantería. Por eso, debemos llamar lujurioso al que se entrega en la misma medida en que posee, al que hace don de sí, regalo de su persona y aún sacrificio de su alma; y lascivo, al autómatas sexual que llega rápidamente a la idiotez, a la impotencia activa (que es la peor de todas) y a la soberbia.

La mayor parte de los matrimonios modernos se originan en la lascivia o en la economía, algunos en la amistad, muy pocos en la lujuria.

La lujuria es, muchas veces, una particular caridad sin fe y sin esperanza.

El círculo de la lujuria dantesca, es un tempestuoso paisaje invernal, un eterno anochecer atravesado por un negro torbellino. Es una gran bolsa de sombra sacudida por el amor y el huracán de Dios, llena de pájaros tristes y prisioneros en el aire, como si fueran los siempre últimos pensamientos de un gran corazón incomunicado y moribundo.

Francesca habla mientras Paolo llora o, más precisamente Francesca habla y llora a la vez, mientras Paolo se ahoga en el llanto. Y Francesca puede hablar porque es más superficial que Paolo. porque es un ser de superficie, un alma a flor de piel y, por eso, una criatura más cercana a la poesía.

Parecería que el Dante se desmaya no tanto por las palabras de Francesca como por el llanto de Paolo. El desmayo de aquél y el llanto que éste nos hacen pensar que uno y otro estaban más enterados de la teología que la joven pecadora. Por esta ignorancia, Francesca es capaz de considerar feliz al tiempo que causó tanta desdicha.

El aire acondicionado de nuestro tiempo nos abriga de la intemperie de toda poesía. Hace mucho tiempo ya que el infierno no tiene cambios de temperatura.

Hay en realidad muy pocos espíritus que puedan decir «hoy hace tiempo como si dijeran» «hoy hace frío» u «hoy hace viento». Y es significativo que algunas lenguas, como la inglesa, por ejemplo, sean incapaces de confundir estos sentidos.

El tiempo puede ser frío, caliente, ventoso . . . , pero el tiempo, todo tiempo, está siempre en relación con la temperatura mejor que con el movimiento.

•

Para Aristóteles el tiempo no era el movimiento mismo, pero sí la enumeración del movimiento. Hoy el tiempo ha cambiado, y es mejor que la numeración del movimiento la sensación de una temperatura.

•

Criticos numerosos han inventado en nuestro país la vestimenta de cuatro solapas: dos de la americana que usan y dos de los libros de que abusan.

•

Abusar de una inglesa no es lo mismo que usar de una española. Lo primero si lúcidamente se lo considera, es prescindible y punible, además de inoperante y objetable; lo segundo es mera fruición verbal o carnal, que viene a ser lo mismo.

•

La crítica solapista no tiene porque ser necesariamente solapada, pero siempre lo parece.

•

El uruguayo es cada vez más un hombre con mentalidad de bañista. Y, como es sabido, la semi-desnudez compartida acarrea todos los inconvenientes de la animalidad sin poseer ninguna de sus virtudes: impide pensar y adormece los instintos.

•

El que le puso el nombre al Río de la Plata tuvo una intuición genial de lo que pasando el tiempo sería el turismo argentino.

•

La pesca del turista en nuestro país no consiste en sacarlo del agua sino en aproximarle a ella. En este sentido, un turista es la antítesis de una sardina.

•

El cine, las historietas, el deporte y el traje de baños, se pueden contar entre los procedimientos más seguros que utiliza la técnica moderna para la imbelización, el embrutecimiento de la sensibilidad y la amoralidad sexual fundada en la indiferencia. Los entretenimientos modernos ya no entran por la imaginación, entran por los sentidos. Los niños se divierten con el cine y las historietas gráficas; ya no leen aquellos novelones que no hace mucho leían. La decadencia del novelón es uno de los síntomas más claros de nuestra pobreza espiritual. Ya no se inventa, no se divaga ni se sueña en cosas pretéritas, disparatadas y maravillosamente inútiles.

Hoy en día la palabra más empleada por todos los sectores de la política mundial es la de la libertad. Y hasta se habla de morir por ella. Pero, sólo es posible morir por la libertad cuando ésta ha dejado de ser la libertad personal, de grupo o de raza, y se ha convertido en una idea o ideal que sujeta nuestras vidas y gobierna nuestras acciones. Y tanto más grande y eficaz es esta heroicidad, cuanto mayor es la inutilidad aparente del sacrificio. Por eso la grandeza espiritual de Héctor radica en que persiste en la lucha cuando ésta parece ya no tener sentido, después de haber dicho: «Bien lo conoce mi inteligencia y lo presente mi corazón; día vendrá en que perezca la sagrada Ilión, Príamo y el pueblo de Príamo armado de lanzas de fresno»; y los republicanos españoles no constituirían en nuestro tiempo el más puro símbolo de libertad, si no hubieran insistido en el derramamiento inútil de la propia sangre.

*

Ningún sacrificio más inútil que el de Cristo. Dios hubiera podido salvar al hombre de todo pecado por su sola voluntad omnipotente, pero prefirió por su voluntad amorosa, crucificarse en su Hijo, abandonándolo al dolor y al estremecimiento de la carne suspendida sobre el abismo de la muerte.

*

«Dios mío, por qué me has abandonado», exclama Jesús antes de morir, sobrecogido ante la libertad aterradora de su Padre. En estas palabras está encerrado todo el sentido del hombre cristiano, quién, como dice José Bergamín, «es contemporáneo de su muerte y extemporáneo de su vida».

GUIDO CASTILLO

DOS POEMAS

Por
Alfredo de la Peña

DECIAN . . .

*Me iba, voces desalentadas y roncás
procuraban mi regreso.
Debí continuar la huella
que alguien al morir la dejó trunca.
Debí acudir y desprenderme
de heredadas querellas,
de lo que antes de mí estaba dispuesto
sobre mi cabeza.
Ah, loco, loco, clamaban las madres
al verse abandonadas
y hubo lágrimas que se lloraron
por mi muerte
aún andando este andar mío.
Salían a despedirme y me decían:
—Adiós, adiós, te hemos perdido.
Jamás, — yo respondía—,
os traeré un destino sometido.
Ay, las buenas gentes no querían,
yo me fui, las fui dejando,
las he dejado y luego,
a golpes de sollozo y solo,
haciendo huella innecesaria,
rellenable,
me fui poblando de frío.*

F R A G I L I D A D

*Si se me ataca de costado muero,
me voy de mi perfil como una nube,
el ojo de soslayo, avizorando
el último destello que me mate.
Si se me ataca de costado muero,
me voy de mi perfil de hombre que sueña,
me voy de mi perfil como un suspiro.*

*Si se me ataca por la espalda muero,
me voy de mi dorso como un beso
que va de mis labios acechando
la enemiga boca que lo aprese.*

*Si se me ataca por la espalda muero,
me voy besando la tierra donde caiga,
me voy de mi dorsal amparo como un rezo.*

*Y si de frente se me ataca, muero,
soy mucho más débil vulnerable,
puedo morir de frente pensativa o llanto,
en pie, de bruces, de rodillas,
morir de aliento, de un beso, de un gemido,
de una mirada que me violente el pecho,
o de solo corazón morirme.*

*Aunque sea débil mi costado
y se evada mi perfil como una nube
y la espalda esté desguarnecida
y por ella muera
como un beso en el aire moriría,
más frágil es mi frente, vulnerable,
que muere así de todas las formas
asesinas.*

POEMAS

por
Luis V. Sosa

Sólo sabemos de Luis V. Sosa, que ejerce la enseñanza de la Literatura en la ciudad de Treinta y Tres, y que a instancias de un amigo común, Jorge Olmos, nos ha hecho llegar sus poemas. En breves líneas nos comunica su temor publicitario junto a su deseo, postergado reiteradas veces, de intentar la empresa.

En los poemas que hoy damos a nuestros lectores, las dos delicadas situaciones amorosas, de pérdida y de reencuentro en el primero, de recurrencia a un inesfable en el segundo, son conducidas naturalmente hacia su resolución emocional.

La sinceridad, la madurez de procedimientos y la labor verdadera de la imaginación que desdobra diestramente la instancia poética, suponen una seria e intensa experiencia creadora.

H. B.

— I —

Tienes tan adentro mis manos
que no las sientes.
Ves el júbilo de las tardes
hechas a sol y luna,
atiendes a millares de hojas,
tu firme paso domina los corredores,
pero dentro de ti
estoy como un hombre de plata,
con un latido que espera
tu latido. Hablas o ries
y te quieres, como nunca, tú,
pero en las entrelíneas de la garganta
hay una voz tan tuya que no sientes,
soy yo.

Porque ahora no estoy conmigo,
Atiendo exclusivamente
al que perdí. Lo vigilo
en ti, como en el espejo
se atiende el ojo que se mira.
A veces me cuesta hallarme,
pero hay puertas incógnitas
que conducen a tu alma, cierta
frente, cierta mano tierna de flor,
cierta mujer tú, que me hacen
encontrarme
esperándote dentro de ti.

He venido de preguntar a
las cosas
si conservan memoria,
si no están deshechas en olvido,
si guardan sus espejos secretos
los pasos tuyos y míos,
aquella vez que besé tu risa,
aquel tiempo en que tus finas manos
me daban mejillas nuevas,
todo el siglo joven en que nos amamos.
Yo creía que todo había
pasado. Por eso
preguntaba; a ver si el mundo
supo de las horas felices,
a ver si los árboles que nos vieron tanto
todavía nos recordaban,
quise ver, en fin, aquellas tantas cosas
que ví transfiguradas por tus ojos.
Me ha costado tanto
ver de nuevo, tantos latidos
agitados y en los ojos tal dolor,
que he estado casi ciego,
desalentado, buscando
tus manos, tu fragancia
de flor deseada,
tu fina voz con centro de sonido...
Por eso te pido, amada, que vengas
con tus ojos
a renovar los míos.

NATURALEZA MUERTA

(CAPITULO VII DE «LA VIDA BREVE»)

por
Juan Carlos Onetti

Hemos oído, en los cafés, impugnar lacónicamente la obra novelesca de Juan Carlos Onetti. Hemos oído, otras veces, hacer su más ardorosa defensa. Hemos conocido, finalmente, a alguien que, tres meses después de haber sostenido que toda la profundidad de Onetti consistía en un presunto minucioso conocimiento de las cosas de citas, afirmaba que este escritor había llegado a una visión de la vida de profundidad casi inasequible. Esta diversidad de juicios proviene, quizás, de una cierta cualidad escuerridiza de su obra, que la hace pasible de varios y contradictorios enfoques. Quizás provenga también de que, igual que en el hombre de nuestro tiempo, es difícil discernir en ella cuales son sus cualidades positivas y cuales las negativas. Sería exagerado afirmar que en sus novelas se recogen los rasgos esenciales de nuestra época. Pero no lo es afirmar que en el autor inciden, determinando su creación, cosas que, en una u otra forma, todos estamos sufriendo. Y esto le da a sus obras, aunque el autor no se lo proponga, aunque se mantenga siempre en el plano de la pura creación artística, esa calidad de testimonio que no falta nunca en la obra de arte. Lo que sería difícil de determinar es si ese testimonio puede convertirse en una denuncia contra el hombre de hoy, o si es sólo una resignada, sufrida y paciente aceptación. Nos inclinamos a creer que el autor no se propone ni una cosa ni la otra, aunque en el fondo haya en él una indeliberada inclinación a admitir lo segundo. Parece que Onetti sintiera que la inteligencia es una grave enfermedad que aqueja al hombre de hoy, al cual sólo le sirve para adquirir conciencia de su frustración. Por eso sus personajes viven casi exclusivamente sensaciones; sus propios sentimientos, más que vivirlos los «ven», como hundidos allá en el fondo del alma, como ajenos a sí mismos. Por eso, también, se evaden por los caminos fáciles del escepticismo, o por una especie de hipertrofia de la imaginación, por un crecimiento devorador de la capacidad de soñar. Evasiones ficticias en realidad, porque en rigor no hacen más que transfigurar sus propias circunstancias, permaneciendo siempre en una idéntica zona de desolación y fracaso. Así el Brausen de «La vida breve», no es más que un ser devorado por la obsesión sexual, la frustración y los sueños. Pero, y quizás sea característico del hombre de hoy, su soñar no le sirve para crear un mundo nuevo, irreal y esperanzado. Sólo consigue, a fuerza de imaginar, crear un mundo irreal que duplica, deformándolo, el que vive en la realidad. No es difícil seguir paso a paso la transformación de ese mundo real en el soñado, establecer sus secretas correspondencias. Y es que en Brausen no hay exceso de imaginación sino falta de coraje. Sólo aquellos personajes como la Queca, de la misma novela, que viven con una simplicidad de conciencia inocentemente animal, son capaces de una ingenua, indeliberada aceptación de sus propios sentimientos y de su vida, en el bien

y en el mal. Sólo ellos son capaces, también, de incorporar a su vida un mundo imaginado (los «ellos» que visitan a Queca, por ejemplo), que no se imponen sino que se les impone, casi como una garantía de la realidad de su existir. Aunque no nos sintamos compelidos a convivir —con total y espontánea complicidad— el mundo novelesco de Onetti, ni compartamos todos sus procedimientos de escritor, debemos afirmar que nos hallamos ante un novelista de calidades evidentes y ante un escritor que muestra, en la literatura rioplatense, rasgos inconfundibles. Con la publicación de «La vida breve», Onetti nos enfrenta, quizás, con su total madurez de escritor. Adelantándonos al juicio más extenso que la indudable importancia de su obra merece, y que le dedicará ASIR próximamente, dejamos consignadas estas breves anotaciones, en las cuales se ha prescindido de todo análisis estrictamente literario, y publicamos el Capítulo VII de «La vida breve», en el que muestra algunas de sus más salientes cualidades de escritor.

A. S. V.

Empezaba octubre cuando imité las formas de la noche de la vieja guardia y los malentendidos, regresando a la calle Chile en un taxímetro, alejándome de la esquina en que había abandonado a Stein y a Mami, del brazo, sonriéndome, una mano de ella alzada para decirme adiós.

Subí en el ascensor, mirándome los ojos y el bigote en el espejo, pensando: ella está dormida, no se va a despertar, y yo la quiero y es necesario que no olvide por un momento que sufre mucho más que yo. El departamento de la Queca estaba abierto, el manojito de llaves colgaba en la cerradura, la luz del corredor entraba y moría contra las patas de una butaca y sobre el dibujo de la pequeña alfombra. No supe lo que hacía hasta que estuvo hecho. Escuché en el silencio y alcé un brazo para alcanzar el timbre. Estaba seguro de que no había nadie en el departamento, pero continué inmóvil, esperando. Nadie en las escaleras, ningún ruido en la planta baja. Volví a tocar el timbre y a esperar; introduje una mano, encendí la luz del techo. Apoyado en la pared, entorné los ojos y estuve oliendo, a través de la abertura de la puerta, el aire de la habitación, indefinible. Aspiré el aire hasta que sentí que se me cerraba la garganta y que mi cuerpo entero quería abandonarse a los sollozos que había estado postergando en las últimas semanas. Esperé hasta serenarme y entonces el aire del departamento vacío me dió una sensación de calma, me llenó con un particular, amistoso cansancio, que me indujo a recostar un hombro en la puerta y a entrar, lento y en silencio.

El cuarto de baño, al fondo, estaba abierto y el color verdoso de los azulejos brillaba suave y líquido. Miré la celosía cerrada y descubrí en seguida que allí se iniciaba el desorden. Contemplé confusamente el desorden reflejado en las maderas unidas, horizontales, pintadas de blanco. Desde allí, ella había hablado, quejándose del calor y de Ricardo la tarde que conocí su voz.

Había una faja caída y arrugada entre la puerta del balcón y la mesa; alguna ropa de mujer colgaba en las sillas; y sobre la alfombra azul y el adorno de encaje blanco, junto a una botella de Chianti envuelta en paja, entre frutas, paquetes de cigarrillos llenos o aplastados,

se alzaba oblicuo un gran marco de retrato, viejo y macizo, vacío, con el vidrio roto que aún parecía templar. Volví a escuchar, de espaldas a la puerta; esperé el ruido y el silencio del ascensor llegando al piso, esperé reconocer la marcha rápida de la Queca, sus inconfundibles pasos menudos.

«Puedo decirle que vi la puerta abierta, con las llaves colgando, que escuché llorar adentro». El ascensor continuaba inmóvil; lejos, alguien arrastraba, cauteloso, un mueble.

La gran cama, igual a la mía, colocada como una prolongación de la cama en que estaba durmiendo Gertrudis, parecía preparada para la noche; pero encima de la colcha amarilla, casi dorada, se confundían revistas de modas, ropas recién planchadas, una valija de mano, abierta y vacía. Empecé a moverme sobre el piso encerado, sin ruido ni inquietud, sintiendo el contacto con una pequeña alegría a cada lento paso. Calmándome y excitándome cada vez que mis pies tocaban el suelo, creyendo avanzar en el clima de una vida breve en la que el tiempo no podía bastar para comprometerme, arrepentirme o envejecer. Traté de examinar el interior de la botella, sin tocarla; acerqué la nariz a las copas. Junto al pequeño estante miré los colores, pero no los títulos de los lomos de los libros; y después, aplastando mi sombrero contra la pared, con el cuerpo torcido, apoyé la oreja en el muro y busqué el silencio, con los ojos cerrados; dejé de respirar un momento hasta estar seguro de que había oído a Gertrudis suspirar y moverse, para obtener la visión de mi departamento en sombras, de las distancias entre los muebles, la forma del cuerpo solitario de la cama. Me separé de la pared y comprendí sin esfuerzo que me estaba prohibido tocar ningún objeto, mover ninguna silla.

Busqué inútilmente, dentro del cuarto de baño, algún perfume de jabón o polvos; me inmovilicé frente a mi cara en el espejo, distinguiendo apenas el brillo de la nariz y la frente, los huecos de los ojos, la forma del sombrero. Luego dejé de verme y contemplé, sola en el espejo, libre de mis ojos, una mirada ohata, sin curiosidad, apacible. Quizá mi corazón golpeará indiferente y aquella especial alegría que me había llenado los pulmones estuviera moviéndose dentro de mi cuerpo, sin entusiasmo ni propósito, bajando y subiendo, yendo y viniendo como pinceladas; quizá los ruidos retrocedieran en los distintos bordes de la noche, dejándome solo en el centro del silencio. Cuando mi mirada estuvo extendida y fija desde el sombrero hasta la barbilla, como un ardor o una palidez, salí del cuarto de baño, me acerqué a la mesa y volví a inclinarme.

La luz caía verticalmente del techo y luego de tocar los objetos colocados sobre la mesa los iba penetrando sin violencia. El borde de la frutera estaba aplastado en dos sitios y la manija que la atravesaba se torcía sin gracia; tres manzanas diminutas, visiblemente agrias, se agrupaban contra el borde, y el fondo de la frutera mostraba pequeñas, casi deliberadas abolladuras y viejas manchas que habían sido restregadas sin resultado. Había un pequeño reloj de oro, con sólo una aguja, a la izquierda de la base maciza de la frutera que parecía pesar insoportablemente sobre el encaje, de hilo, con algunas vagas e interrumpidas

manchas, con algunas roturas que alteraban bruscamente la intención del dibujo. En una esquina de la mesa, siempre en el sector de la izquierda, entre el reloj y el borde, encima de la parte más luminosa, un poco arrugada, de la carpeta de felpa azul, otras dos pequeñas manzanas amenazaban rodar y caer al suelo; una oscura y rojiza, ya podrida; la otra, verde y empezando a pudrirse. Más cerca, sobre la alfombra de trama grosera, exactamente entre mis zapatos y el límite de la sombra de la mesa, estaba caída, arrugada, una pequeña faja de seda rosa, con sostenes de goma, ganchos de metal y goma; deformada y blanda, expresando renuncia y una ociosa protesta. Sin moverme, descubrí debajo de la mesa una pequeña botella tumbada, formas de manzanas que acababan de rodar. En el centro de la mesa, dos limones secos chupaban la luz, arrugados, con manchas blancas y circulares que se iban extendiendo suavemente bajo mis ojos. La botella de Ohianti se inclinaba apoyada contra un objeto invisible y en el resto de vino de una copa unas líneas violáceas, aceitosas, se prolongaban en espiral. La otra copa estaba vacía y empañada, reteniendo el aliento de quien había bebido de ella, de quien, de un solo trago, había dejado en el fondo una mancha del tamaño de una moneda. A mi derecha, al pie del marco de plata vacío, con el vidrio atravesado por roturas, ví un billete de un peso y el brillo de monedas doradas y plateadas. Y además de todo lo que me era posible ver y olvidar, además de la decrepitud de la carpeta y su color azul contagiado a los vidrios, además de los desgarrones del cubremantel de encaje que registraban antiguos descuidos e impaciencias, estaban junto al borde de la mesa, a la derecha, los paquetes de cigarrillos, llenos e intactos, o abiertos, vacíos, estrujados; estaban además los cigarrillos sueltos, algunos manchados con vino, retorcidos, con el papel desgarrado por la hinchazón del tabaco. Y estaba, finalmente, el par de guantes de mujer forrados de piel, descansando en la carpeta como manos abiertas a medias, como si las manos que habían abrigado se hubieran fundido grado a grado dentro de ellos, abandonando sus formas, una precaria temperatura, el olor a fósforo del sudor que el tiempo gastaría hasta transformarlo en nostalgia. No había nada más, no había tampoco ningún ruido reconocible en la noche ni en el edificio.

Me aparté de la mesa sabiendo que el tiempo se había cumplido, que era necesario marcharme; apagué la luz y salí del corredor. Gertrudis dormía, el balcón estaba abierto sobre el cielo negro. Me desvestí y entré en la cama, acaricié el pelo de Gertrudis, la sentí estremecerse y suspirar. Moviendo una pastilla de menta con la lengua, haciéndola chocar sin ruido contra los dientes, me abandoné para dormir, pensé en Mami y en Stein, estuve recordando que Stein me había dicho, con una sonrisa triste, mirando el vaso que sujetaba: «Es un recuerdo, hace dos años, en Necochea. Mami se levantaba muy temprano para ir a la playa y yo me quedaba durmiendo hasta mediodía en el hotel. Creo que madrugaba porque ya había aceptado lo gorda y lo vieja que estaba y a aquella hora encontraba poca gente en la playa. Me desperté y estuve asomado a la ventana; la descubrí abajo, moviéndose. Pero nadie puede decirte cómo se movía. Estaban unos tipos pintando

las paredes del hotel y estaba el camino de arena por donde volvía la gente para almorzar. Tendrías que transformarte en animal y recordar y comprender cómo se mueve un animal hembra para atraer a un macho. Pero Mami, naturalmente, necesitaba pretextos e iba de un lado a otro, arrancaba hojas de los árboles, llamaba a un perro, sonreía a los niños, examinaba el cielo, se despreciaba, corría unos pasos y se detenía como si alguien la llamara: se agachaba para levantar del suelo cosas que no había. Todo esto entre el camino de la playa al hotel y con los albañiles en el andamio. Se me ocurrió, y todavía lo sigo creyendo, que era la última tentativa, la desesperación en la caza y la pesca, salga lo que salga, siempre que salga algo. ¡Pobre Mami! Comprendí todo esto y me puse a decir pobre Mami mirándola desde la ventana del hotel. No había allá abajo nada más que ella; ella y la posibilidad que representaban los albañiles, un empleado de hotel, alguno de los que conducían sus autos desde la playa. Aquel mediodía en Necochea me emborraché como un caballo y me obligué a hacerle el amor a la siesta hasta el agotamiento. Es imposible que nadie, nadie en el mundo pueda concebir la pureza, la humildad con que yo hubiera ofrecido no importa qué a los pintores o albañiles para que uno de ellos se acercara a Mami y la invitara con una frase sucia, brutal, como cuando uno ya no puede dominarse».

BOLICHERO

por
Julio C. Da Rosa

Si había un hombre con ganas de ser bolichero, ese hombre era Fleitas. Casi había envejecido con aquellas ganas.

—¿Y el boliche, Silverio?

—Va diendo, va diendo...

Pero no iba nada. Todo el mundo lo conocía por bolichero, pero nadie le conocía boliche. Claro que tampoco le importaba mucho el asunto. A unos les da por ser bolicheros y a otros por ser curas. La gente es así y este Silverio era medio particular, pero gente. Le vino por ese lado y nada más.

Para Juárez era distinto, porque él hacía años que le venía haciendo costado. Habían tenido sus cosas juntos y decía que abrigaba la pretensión de conocerlo como ni el mismo Silverio se conocía. No podía verlo agarrado a tan poca cosa, teniendo el mundo por delante. Por eso, había forcejeado hasta el último, para torcerle el rumbo.

—Positivamente hablando, ese no es destino pa un hombre liberal como vos.

—A mí ya m'hicieron destinau, ché.

A veces se fastidiaba de encontrarlo tan duro. Hacía tiempo que lo conocía y siempre con aquello metido en la cabeza. Entonces lo empezó a asociar en cuanto «viaje» le fué saliendo.

—Pa ventiarlo un poco, a ver si agarra triyo.

Hasta a la frontera lo había llevado. Y por cierto, bien contrariado. Porque Juárez era hombre de gustarle andar en su oficio a la luz del día. Pero ni así. Silverio ya tenía su trillo hecho.

Desde muy nuevo, le venía picoteando aquella idea del boliche. Tal vez desde el primer día que pisó en uno. Que fué por la época en que estaba en lo de Arostegui. De peoncito para las casas: picar leña, acarrear agua, ayudar a las mujeres en la cocina. Y peoncito para cualquier cosa, porque al fin hacía de todo. Justamente una de las cosas que venía a hacer, era ir al boliche. La primera vez y casi siempre, mandado: muchas veces, después de la primera, por ir no más. Por el camino y a caballo, quedaba una vuelta bárbara; por adentro del campo un saltito, pero a pie. Cuando iba mandado, rodaba y así tenía tiempo «en pila». Pero cada vez que podía, en cualquier rejunte de mancarrones o arrime de lecheras, se hacía una disparadita a voluntad. Real que agarraba: allá iba a parar de a vintenas.

—Me dá ese docentésimo de caramelo.

Los caramelos hasta en cara le daban; pero eran el pretexto más barato. Después buscaba un rincón para disimular el bulto donde nadie

lo tropesara. Allí quedaba colocado como para darles gusto a los ojos. Gusto a discreción, mirando aquel mundo increíble de cosas tan nuevas, tan limpias y tan bien acomodadas.

—Aquello descansaba las vistas.

Y le iba limpiando el alma del otro mundo que él llevaba adentro; el único que conocía, porque era donde había nacido y se estaba criando. El mundo de los galpones «jediendo» a perro y a orín de caballo; chorreando guasquerío reseco y telas de araña. Y de las cocinas con olor a fregón, hirviendo de moscas y tapadas de hollín y cenizas. Se le iba borroneando hasta hundirsele sustituido por el que tenía enfrente. Entonces empezaba a figurarse estando allí adentro, hecho un dios. Mire que era lindo aquello!

—Lindo que dab' hasta lástima!

Aparte de todo, tenía aquel olor que a él le gustaba «como la gran siet». Sólo el cajón del turco Hilario viejo y el boliche, tenían un olor así.

—No es de nada y es de todo. Eso sí q' es ser un olor!

Cuando la voz se le fué engrosando, empezaron a darle algún domingo.

—Es tuyo hast' al oscurecer. Te das una vueltita por ahí, dispué te venís.

—Si ee...

—Y si querés, te arrimás hast' el pueblito. Eso si querés... No tas obligau.

Estaba esperando explicación, cuando se le vino arriba aquella avalancha de risas relajadas que parecían relinchos. Le dieron miedo aquellas risas; pero más miedo, las caras que dejaban atrás. Nunca había visto a nadie reírse tan feo que asustara. Para no quedar en blanco, quiso contagiarse; hasta se dobló, buscando una carcajada medio parecida. Pero le salió un sonido estropeado: los ojos se le habían llenado de lágrimas y la boca de pucheros. Hasta mucho después, no se le había aclarado muy bien todo aquello.

Ya en el camino real, todavía pensó en la recomendación. Por más que le anduvo buscando, no le halló contrafuerte.

—Aquí tiene que haber interpretación —sacó en limpio. Y enderezó para el boliche. Tranquilamente—.

—Cáiste justito, guri. Tábano esperand' una pierna.

—Pierna!

—Ta claro; p' al truco.

—Yo no juego... No sé jugar...

—¿No sabés o no querés? ¡Aquí vas a saber y vas a querer. Porque te vamo a enseñar a saber y te vamo a enseñar a querer. Ah! t' enseñamo no má. Y si no aprendés, pior pa tu lomo!

El borracho era el rubio Nazario. Lo había ido embretando contra un rincón, mientras hablaba. Silverio se hacía chiquito, dispárandoles

a la amenaza y al tufo. Ya había abierto la boca para pedir disculpa, cuando vió a uno bolcarse como luz, por arriba del mostrador, revolver en mano. Era Juárez; en aquel tiempo un indiecito bastante gente, pero más llamado que un difunto.

—No vé qu'és un chiquilín, baboso e'los diablo!...

El caño frío en los riñones, le heló la sangre al borracho. No precisó más para que buscara la puerta y se "pelara" refunfuñando.

Así empezaron a tratarse con Juárez. Hasta aquella ocasión sólo habían cambiado alguna que otra palabra. Después supieron que los dos habían estado «reventando» de ganas de tirarse la lengua. Se venían sujetando por respeto.

—¿Quién ib'a decir que dispué íbamo a ser como los chanco?

Enseguida trenzaron relación. Y a Silverio le vino bien aquella amistad. Una de esas cosas que llegan para colmo de algo. Aquí el algo, eran las ganas locas de bolichear que le habían ido naciendo a Fleitas. Cuando más que ganas, aquello ya era una comecón, se vienen a topar con Juárez. Le gustó para amigo; pero empezó a darse cuenta que lo preocupaba menos eso, que plantearle lo otro. Ocasiones estaba lejos de la conversación, madurando la forma de pedirle aquel servicio. Cuando las cosas cuadraron, lo tanteó:

—Francamente t'envidio.

—¿Por?

—¿Por? Je. ¿Y te parece poco, dependiente a tu edad?

Juárez le largó la risa, pero medio picado. Primero se supuso que lo quería farriar; después, que era de ignorante no más y que lo mejor era hacerlo sentir en carne propia. De paso, pensó que podría servir y que de repente lo dejaban en su lugar, poniéndolo a él en algo que no pudiera tanto. Le ofreció probar. Pero después que probó, no lo arrancaban ni a fuerza de buey, del boliche. Se pasaba allí, comidiéndose para todo.

Una tarde estaba a sus anchas. Habían quedado solos con Juárez y él había tomado cuenta. Hasta lápiz atrás de la oreja se había puesto. Derrochaba habilidades a diestra y siniestra, cuando se le acercó un morenito cara de hambre, más o menos de su edad.

—¿Qué desiaba el señor?

El morenito cara de hambre levantó una bolsa llena de porquerías.

—Manda decir don Arostegui, dice que se dej'estar no má que ya tomó pión...

Respiró para seguir:

—El pión soy yo y aquí le traigo sus cosas. Y que le vaya bien, dice.

Le vinieron ganas de agarrar a aquel mal alimentado y hacerlo tragar lo que había dicho con bolsa y todo. Pero vió claro que la cosa venía preparada desde arriba, para hacerlo pasar un calor delante de gente. Todo: desde la retahila llena de «dobles», hasta la bolsa acribillada; como para que por los agujeros se pudiera ver el "cascarriaje" que llevaba adentro.

—Dígalés a todos los «aros» y «teguis» juntos, que se vayan a la

Cuando se encontraron de nuevo, Juárez ya era hombre de mucho camino hecho. Se entendieron para seguir juntos y siguieron juntos. Fué a poco de estas andadas, que Juárez vino a descubrir que no tenía compañero para tiempo cierto. Y que pensó en irlo trabajando; especialmente mostrándole mundo. Lo pascó por todo el departamento. Un hombre bárbaro para caminar.

—Si posibl'es hoy haciamo noche en la Charquiada, mañana tábano e'baile en la Isla Patrulla.

Una punta de años, alcanzaron a andar así. Juárez con su intención, Fleitas con la suya. Cada tanto en tanto se ponían a hablar de las cosas grandes de esta vida. Y entre las cosas grandes, estaba aquello d' haberse conocido, lo otro, lo de aquí, lo de más allá. Queriendo y no queriendo entraban al tema.

—Lástima tu emperramiento...

Tocaba Juárez, medio esperanzado por las coincidencias en lo demás.

—Y a todo esto, ¿cómo qué horas andan siendo?

Salía Fleitas, buscando abrirse.

—La sinfinidad de cosas que hariamo juntos!

—Qu'embromar...

Viendo que era cosa seria, se puso a sacarle filo a la pregunta definitiva. Tiempo, le llevó. Era la última carta. Un día se la largó sin decirle va.

—Bueno, contestame duro viejo; pero sin mosquiar, eh! Aquí te quiero ver: si por evento te diesen a elegir entre chofer y holichero. ¿qué me contás? Jate bien. Chofer es la cosa!

Fué cuando se le entregó:

—Pero hermano! ¿Vos sabés lo qu'es esto y lo qu'es aqueyo? Que saque, que pese, qu'embuelba, qu'eche mano y apunte, que de qué se sirve, que... qué sé yo! ¿Me vas a decir qu'eso no es vida?

Lo soltó medio aturdido y con aquella sarta de disparates zumbándole en la cabeza. Desde esa vez lo largó de mano.

—No pude con la vida d'él.

Con Juárez había aprendido mucha cosa. Pero aprendido no más. Era un hombre que no dejaba levantar cabeza a nadie a su lado, con aquel modo de ser. Después que se abrieron, Fleitas rumbeó hacia las caídas del Olimar. En las idas y venidas con aquel mata caballo, le pareció notar que el chacerío cargaba más para aquella zona.

A la rinconada de Calero llegó con un rastrón lleno de cachivaches, mujer, media docena de gurises y una chancha mora criada guacha. Era todo lo que había sacado de las medianías. Ni caballo; porque el que cinchaba el rastrón era ajeno.

El viejo Calero precisaba uno para que le cuidara aquella vuelta

del campo; más que nada, de los caponeros de la sierra. Una quebrada sucia que daba asco, infectada de cuervos y cruceras. Ofrecía chacra en un bajo carquejudo y una oveja vieja por mes, libre de cuero y lana. Silverio planteó sus condiciones y se entendieron.

Cuando terminó los ranchos, hasta enramada había hecho. Una mañana temprano enlazó la chancha mora a media espalda y desapareció con ella de tiro sin dar razones. Volvió a la tardecita con dos bolsas hasta los topes. Traía surtido para meses.

Amaneció tomando mate y mirando para adentro. No podía creer que tuviera enfrente aquel estante repleto de cosas nuevitas, oliendo a holiche. Llamó a la mujer y la puso al tanto:

—Bueno, usted y los gurises se las van a entender con la güerta y demás. Yo con esto, tengo pa rato.

Le hizo seña para que entrara y la esperó detrás del mostrador de blanquillo labrado.

ENTRE LIBROS NUESTROS

“EL RAPTO Y OTROS CUENTOS”, POR FRANCISCO ESPINOLA (h.)

En mil novecientos cincuenta los editores de Número recogieron por primera vez en un volumen, cuatro cuentos que Francisco Espinola publicara en diversas revistas. Este gran novelista maragato, es indudablemente entre los escritores vivos de significación, el más famoso e indiscutido de nuestro país; pero, precisamente, lo que a su fama le ha faltado, es una profunda discusión, tributo fundamental al talento de un verdadero artista. En este sentido podríamos decir que la fama de Espinola encierra un injustificado olvido, y que nuestra nota podría comenzar de esta paradójica manera: El siempre famoso y olvidado escritor...

Téngase en cuenta que no pretendemos señalar que la obra de Espinola merezca reparos que no se han hecho, sino que ha carecido de todo comentario profundo afirmativo o negativo. Aunque este no constituye, ni mucho menos, un caso aislado en nuestro medio intelectual, podría tomarse como ejemplo típico de la tibia pereza mental de la prejuiciosa crítica circundante, que sólo se atreve a juzgar lo ya juzgado hasta el cansancio: Henry James, Proust, Eliot, Valery, Faulkner, Sartre y, en fin, todos los nombres ilustres que hoy sirven para rascar la comezón del snobismo provinciano, (un escritor amigo y maestro me decía que, lo que un muy notorio y muy asno ensayista denominaba «comezón poética», no suele ser otra cosa que un síntoma de lombrices).

No faltará quien piense que nosotros estamos viendo la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio, pero olvidará que, aunque no con la extensión necesaria, ya nos hemos referido a la obra de Francisco Espinola, y que, en todo caso, nuestra revista adolece de una ausencia, tal vez transitoria, de críticos de oficio.

No es esta la circunstancia propicia, ni yo el hombre indicado para realizar dicho trabajo. Por el momento nos reducimos a los estrechos límites de una simple nota.

Cualquiera de los cuatro cuentos de Espinola puede figurar entre lo mejor de la literatura narrativa americana, y todos son un claro ejemplo de la lengua viva, plástica y poética del escritor uruguayo. Espinola escribe como habla, y habla muy bien; su manera de contar revela una preponderancia del sentido de la vista aún en los momentos en que trabaja dentro de la intimidad de alma de sus personajes. En este sentido, su estilo es antagónico al de Juan José Morosoli, teniendo en cuenta que todo contraste se apoya en una semejanza sustancial. Mientras el cuentista minuano describe dinámicamente, convirtiendo los elementos narrativos en un aire estático y transparente que envuelve los caracteres descriptos, el maragato dibuja las figuras en el curso dinámico de la narración, que de pronto parece descansar en ellas como en un remanso. (Adviértase que el término estático carece aquí del sentido casi peyorativo con que lo han usado algunos filósofos modernos, y del que, como siempre, han abusado algunos profesores).

Entrando en el terreno un tanto resbaladizo de las comparaciones, diríamos que Morosoli es un retratista y Espinola un arquitecto, o, de otro modo, que el primero es hermano de la crónica y el segundo de la fábula. Por eso uno va de lo concreto a lo abstracto, y el otro de lo abstracto a lo concreto, de la voluntad de forma a la cosa informada.

Así es Paco Espinola: una imaginación invadida por formas que se disponen rítmicamente hasta musicalizar la plástica. Y, en este sentido el orden de presentación de los cuentos (El Rapto, Los Cinco, Qué Lástima!, y Rancho en la Noche) señala esta musicalidad creciente.

En «El Rapto», el creador se sumerge absorto en la contemplación de un alma; hasta la prosa tiene allí un aire maravillado, como si fuera un doloroso estanque al que se asoman las almas del padre, de la madre y de los niños que rodean el alma moribunda de Margarita. «Rancho en la Noche», el último, es to-

do lo contrario, aquí es el lenguaje, el ritmo vivo de la lengua el que aparece en un primer plano, y las figuras tienden a brotar de la música de las palabras. A pesar de que en «¿Qué lástima!» y en «Rancho en la Noche» encontramos una forma absolutamente original del cuen-

to, yo prefiero «El Rapto» y «Los Cinco». Este último es verdadera poesía; pocas veces ha dado nuestra literatura algo tan dulce, tan vivo, tan sonriente y al mismo tiempo tan profundamente desolado.

G. C.

PERDIDA, por JUANA DE IBARBOUROU

Si confrontamos esta obra, de J. Ibarbourou, con las primeras aparecidas entre el 1918 y el 1922, «Perdida» resulta un libro que no nos muestra, que no puede mostrarnos, aquella gracia vivida de asombro, de instinto puro y sensorial frescura, de sus primeros versos. Otro espíritu menos dúctil impone ahora al poeta una repetida actitud que no siempre se objetiva en los temas, que no los aborda ni se levanta con ellos, sino que los pretexto para expresar un obsesivo sentimiento de pérdida, sentimiento que el propio título del libro anticipa.

Pero si no es cuestionable de ninguna manera, ese espíritu premonitorio que va ordenando a lo largo de la obra una desesperanzada actitud frente al mundo, lo es en cambio su medio expresivo, porque en él la autora olvida frecuentemente a su propia y más conocida poesía.

Sin duda es necesario recordar que ya en «La Rosa de los Vientos», (1930), Juana de Ibarbourou había buscado una innovación de temas y de formas ante el influjo de las nuevas corrientes literarias.

Acaso sea difícil —lo es para nosotros— determinar hasta dónde es posible a un poeta conservar sus medios expresivos, cuando ha cambiado radicalmente en él, el fondo nutrido de su poesía.

Aquella espontaneidad que le permitía a J. Ibarbourou recrearse en las cosas; en la fuente, en un recodo del camino, en el agua cristalina de los arroyos; aquella nobilísima gracia que le permitía ser distinta y la misma en cada uno de sus poemas, se ha trocado ahora en sombría nostalgia.

De aquella su apacible conquista ante la fiebre y furia de Caronte, de aquel

imposible concebir la destrucción cuando brotaba el mundo entre sus manos, hoy sólo tiene el poeta para la vida, un «...vestido cerrado en la garganta

.....
¿Qué tranquila piedad para las cosas...
.....

Y qué apacible andar de terciopelo
Hacia la gran muralla misteriosa! (Pax).

Ha pasado tiempo, y el tiempo para un artista puede ser un aliado o un enemigo. «Perdida» documenta la nostalgia de un tiempo que fué aliado y el dramatismo de otro que, agudizando la sensibilidad del poeta, le ha restringido su ángulo visual del mundo, ciñéndolo a la sola experiencia de su desesperanza. Si bien se mira, en sus primeros libros aparece cierto aire de tristeza o, más bien, de fatalismo resignado. Pero, siendo el artista el eco de un mundo que no terminaba en él, sino que en él se prolongaba, esa tristeza adquiría un modo transitorio; tenía la precariedad de un mundo que se renueva constantemente.

Mas, si es notorio que el ámbito en que se mueve esta poesía es otro muy distinto, no cabe duda que en él logra ejercerse vastamente la madura sabiduría poética de Juana de Ibarbourou. Restringido el campo de sus experiencias en la indagación de una especie de desasosiego, por momentos, doloroso, consigue la autora alcanzar una auténtica profundidad en poemas como: «Palabras del Frustrado Suicida a la Muerte», «El Grito», «La Mano» y otros varios. Todo ello hace que pese a ese cambio fundamental que anotáramos, reencontramos nuevamente al poeta, en este libro.

F.

LA PAGINA MERCEDARIA

SOBRE EL HOMENAJE QUE NO SE HIZO

EL CINCUENTENARIO DE SÁEZ (1878 - 1901).

No estamos seguros si resulta innecesario decirle a sus conterráneos quién es Carlos F Sáez. Pero estamos tentados a dudarlo, ante el silencio indiferente con que se dejó transcurrir entre nosotros el cincuentenario de su muerte. Indiferencia tanto más chocante cuanto en Montevideo, para esa fecha (5 de Enero), se le tributaban una serie de homenajes altamente significativos: un monumento y una calle con su nombre, una exposición general de sus obras, dispersas hoy por la Argentina y el Uruguay, un ciclo de conferencias alusivas y la publicación de una monografía. Anotemos además que en dicha capital, existe un grupo de pintores que usan para denominarse el nombre de este pintor nuestro.

Sabemos que el escultor Zorrilla de San Martín, para quien Sáez es un maestro extraordinario, realizó un busto con la intención de brindárselo a Mercedes; el mismo Zorrilla nos informaba hace poco que hace seis o siete años, el Municipio mercedario había dispuesto la erección de un busto de Sáez en una calle a la que se daría su nombre, proyecto que sigue durmiendo, quién sabe hasta cuándo en el fondo de algún olvidado portafolio. Si agregamos que el hermano de Sáez, residente en Montevideo, estaba dispuesto a contribuir con el bronce necesario, queda expuesta en toda su lamentable verdad la inercia demostrada por las autoridades locales del período anterior.

¿INERCIA SOLAMENTE?

Decimos inercia y nos arrepentimos. Hay omisiones que en el fondo revelan toda una política. Hay maneras, de no hacer las cosas, más significativas que el hacerlas mal. A nosotros no nos interesa, desde el ángulo en que lo enfocamos, cuál es el color político de los responsables; pero no podemos dejar pasar en silencio lo que consideramos una injustificable deserción del deber de fomento cultural que implica toda gestión de gobierno.

CAUSAS DE UN SUPERAVIT

El rubro, ya exíguo, de 1.200 pesos que se destinaban a fomento cultural, fué reducido por la anterior Comuna a la ridícula suma de ¡850 pesos! Anuales, entendiéndose bien.

No hubo iniciativa más o menos cultural a la que dicha «económica» Comuna no le pusiera la proa. Ha ignorado, como por decreto, todo lo que podía tener algún olor a intención artística. ¡Ah! y olvidábamos decir: se nos afirma de buena fuente, que, para colmo, parte de dicho rubro se utilizaba en los festejos carna-

lescos... Eso, si fuera cierto, habla por sí solo. En cuanto a los pesos restantes, quedaban a disposición de algunos traficantes aprovechados, algunos recitadores afónicos y aliterarios que saben especular — a eso se dedican — con las migajas sueltas de esos rubros náufragos.

Mientras en Paysandú — vaya un ejemplo cercano — se destinaron 3.200 pesos, sólo para un concurso literario, mientras en San José, se organizó un Salón de Pintura con altos premios, nuestro Municipio ni siquiera intentó traer, como en otros períodos, los cuadros del Salón Nacional, cosa que sale tan barata; no digamos organizar, como en Salto, San José, Minas y no sabemos cuántos departamentos más. Escuelas municipales de Pintura. Y como para demostrar que no es un simple olvido, allí están el incipiente Ateneo local al que no le dispensó el menor apoyo y está también la inteligente iniciativa de Cine Arte, contra el cual se inventaron razones legales para impedir su sistema de vender entradas, razones legales que luego, los interesados se enteraron, estupefactos, que no existían...

De modo que no tenemos por qué extrañarnos. Sáez podrá ser ya una gloria consagrada y presidir uno de los principales salones del Museo Nacional de Bellas Artes; pero aquí, en su ciudad natal, se estaba ya incubando el propósito de ignorarlo.

EL ARTE POR EL SUELO

Decimos todo esto con amargura; sin rencor para nadie. Lamentando que personas que bajo otros conceptos son merecedoras de toda consideración, incurran por culpable inadvertencia, en semejantes atentados. Y no son esas personas las culpables, sino un estado de espíritu generalizado que no podemos dejar pasar más en silencio.

Para la gran mayoría, el arte y la literatura son una especie de adorno, un lujo al cual se dedican algunos desocupados sin sentido práctico. Poeta o pintor, ¡desdichado el que se atreva a hacer de «número»! Hay una explicación; han tenido que aguantar a tantos alineadores de versos chambones y sentimentalismos rosas, han visto a tanto «artista» de última hora sin la menor veracidad interior, que han llegado a creer que todo arte es «pacotilla» indigna de que se repare en ella a no ser como diversión más o menos inofensiva, o como relleno de publicaciones o actividades dedicadas a cosas más «serias».

ATENAS VERSUS MERCEDES

Pero el arte es otra cosa. No es, por lo pronto una rareza. Debería ser, bien entendido, una actividad a la cual orientar, todos, nuestras mejores energías. Es una revelación, la más alta, de nuestra naturaleza, con todos sus deseos y desesperanzas; es una exaltación de nuestras virtudes a las que tantas codicias materiales turcen o sofocan. Son los escritores y los artistas, cuando lo son de alma, quienes, desde que el mundo es mundo, le procuran un sentido a la vida, nos descubren lo que somos, y dónde vamos, o a dónde no vamos. Son ellos los únicos que pueden señalarnos los caminos que pueden sacarnos de la desorientación en que vivimos, o de este calendario de mezquinos apetitos al que se reduce la vida del hombre incapaz de elevarse por sobre ellos, de ese hombre encandilado por la vocinglería vacua de los vividores.

Tenemos en Soriano: trigo, carne y lana en abundancia; a lo mejor demasiado;

con seguridad, mal repartido. Pero podríamos vivir con mucho menos; lo que no se puede es vivir sin hallarle un sentido a la vida, a una vida que no hay que confundir con un simple regodeo animal de nuestras digestiones.

Vivimos, hace 150 años, en la era económica; el dinero es el supremo rey; todo se mide con dinero. Pero no fué Creso sino Platón y Fidias y Esquilo quienes crearon la Grecia y todo su mundo de ideas y sentimientos en que vivieron y en los que todavía, sin casi saberlo, vivimos nosotros. Pero en Atenas se reconocía la misión que correspondía al escritor y al artista. Tenía 20.000 hombres libres, menos, asómbrense, que Mercedes. Pero allí el pueblo se reunía para oír a Esquilo, mientras el nuestro se reúne para ver menearse a Marta Cularte.

POBREZAS DE UN DEPARTAMENTO RICO

Aunque vivamos atiborrados de trigo y de carne, seguiremos, por ese camino, siendo pobres. Seguiremos oprimidos por intereses que no nos consultan, por propangandas que nos toman por muñecos. De qué vale conseguir un salario más alto y más horas libres si tenemos menos iniciativa y menos imaginación para llenarlas. La riqueza consiste en obtener mucho disponiendo de poco, y no gozar de una libertad que, en realidad, es sólo un telón con que están disimuladas las paredes de nuestra cárcel.

NO TODO SE HA PERDIDO

Pero esos cuatro años han pasado, como pasa todo. Y aunque el mal que señalamos no se corrige con decretos ni disponiendo mejor de unos pocos pesos, abrimos un amplio crédito al nuevo Gobierno Municipal. Alguna iniciativa, ya, parece ir confirmando nuestras esperanzas. Pertenece, por lo demás, al propio Intendente actual, la palabra «ridículo» con que adjetivó el rubro disponible para fomento cultural. Si ello significa una comprensión más certera, lo que ya estamos creyendo, de lo que debe ser una gestión de gobierno, tendremos todos un motivo, mucho más real que una buena cosecha de trigo, para desembolsar — ¿por qué no? — una esperanza que amenazaba enmohecerse.

NOTAS SOBRE LA "ILIADA" (1)

por

Guido Castillo y Domingo L. Bordoli

«Es el viento en los ojos de Homero, la mar multisonora en sus oídos, lo que nosotros llamamos actualidad». — Antonio Machado.

“Una obra que busca producir una impresión saludable, debe ser ejecutada a lo más con las tres cuartas partes de la fuerza del autor”, esta frase de Nietzsche, pensada a propósito de los autores antiguos, es sobre todo aplicable a Homero.

Los héroes se le han aparecido a Homero como totalidad, pues los encontró ya hechos por la tradición; y de ahí que sea más notable su imparcialidad frente a los personajes. Esto no quiere decir que él no tenga sus íntimas simpatías o antipatías (actitud que en un gran artista sólo es posible cuando trabaja con seres no creados enteramente por él, sino ya dados, en gran medida, por la historia y la leyenda) pero, estos sentimientos no debilitan para nada a sus criaturas, pues aún aquéllas que no están a un mismo nivel moral, siempre están a un mismo nivel poético.

Impersonalidad de Homero. Facultad de perderse en un objeto. Pero no como el primitivo que deja un rasgo en una piedra, tan olvidado de sí mismo, que la piedra, al fin de cuentas, es más poderosa que él. En Homero hay siempre una intención espiritual sobre las cosas que, sin embargo, no aparece como la suya propia.

Homero no es un realista desde el punto de vista moderno. Observese la cólera de Agamenón, en el canto 1.º. Cuánta furia y cuánta lucidez, y, por debajo, qué lógica inflexible del pensamiento. A este arte podría aplicarse la definición de Rodín: “El arte no imita la vida, sino las fuerzas que crean la vida”.

Nueva forma de la impersonalidad de Homero: los personajes se crean los unos a los otros. Por ej. Agamenón crea al personaje Criseida hablando primeramente con Crises, y con Aquiles, después. Por otra parte, la acción de los personajes de Homero, es imprevisible, lo que sería una prueba más de la impersonalidad de su arte.

La falta de expectativa de la poesía homérica contrasta con el gusto por la intriga, característico del autor y del lector modernos. Pero el no explotar la sorpresa y curiosidad del lector es un rasgo estéticamente superior: no leemos para saber qué es lo que va a pasar, sino para saber cómo pasa. Podemos entonces gozar de los detalles (proceso psíquico de los personajes, comparaciones, retardos, discursos, y hasta esos silencios que Homero utiliza con una elocuencia igual o superior a la de la palabra. (Por ej. C. XXII de la Iliada).

Homero no detiene jamás la narración sino por un interés narrativo. Suele detener el curso narrativo en los momentos de mayor tensión, y cuando es preciso hacer crecer un objeto o un personaje. Por ejemplo, en el canto IV (II.), cuando se demora describiendo el arco de Pándaro y contando su historia, para destacar la figura de Menelao que ha de ser herido por aquél.

El epíteto da a la obra de Homero, lujo y luz: una luminosidad mediterránea uniformemente distribuida a lo largo de todo el poema. Además permite mantener siempre presente un rasgo del personaje, sin que este rasgo se destaque demasiado y distraiga la atención. Otra función del epíteto es la de permitir a Homero mantener un mismo ritmo aunque las acciones se demoren o precipiten.

En la tragedia ática del siglo V, el destino es casi siempre un designio de las fuerzas divinas; en Homero, el héroe elige su destino; y en este sentido está más próximo a nosotros. Así Aquiles, Héctor, Odiseo, deciden libremente su futuro. El tema esencial de la Iliada no es propiamente la cólera de Aquiles, sino el destino heroico: "el héroe que marcha a la muerte con los ojos abiertos". (Aquiles, Héctor).

Zeus permite que los dioses intervengan en la lucha temiendo que Aquiles, enfurecido, "destruya el muro de Troya, contra la decisión del hado". (II, XX). Esto prueba que los héroes no son muñecos en manos de los dioses.

Es indudable que un espíritu profundo como el de Homero no podía creer en esos dioses. El final del Canto 1.º de la Iliada nos muestra con cuanta irreverencia trata el poeta a las divinidades. Frente a los dioses no ha mostrado sólo una sonrisa burlona, sino, a veces, compasiva. (Por ej. Hefestos). No se debe olvidar que el griego creía en sus dioses, a la manera como un poeta cree en sus sueños, y que la fe, en los términos absolutos en que hoy la concebimos, vendrá con los hebreos.

En el Canto VI de la Iliada, Homero anticipa un contraste: la crueldad de Agamenón frente a Adrasto, y el enardecimiento del prudente anciano Néstor, que nos da idea de la violencia que ha alcanzado el combate, contraponiéndose a la ternura del coloquio entre Héctor y Andrómaca. Entre los términos de este contraste, Homero ha interpuesto una escena de amistad que triunfa de la guerra. (Diomedes y Glauco. En boca de este último pone su visión del destino final de los seres humanos, a los que compara con la generación de las hojas). No es por azar que Homero hace al final de este canto esa maravillosa descripción física de Paris, asemejándole a un brioso corcel en una larga comparación. El poeta quiere contrastar esta animalidad magnífica de Alejandro con el angustiado mundo moral de su hermano Héctor. Además, no es seguro que Homero menosprecie a Alejandro. Piénsese que es el único personaje que vive el instante, despreocupado de ese deseo de gloria que, bajo el pretexto del rescate de Helena, es el verdadero móvil de la mayoría de los héroes.

Sin duda, este ideal de gloria está encarnado en Aquiles. Pero no olvidemos que es, precisamente, este mismo héroe, quien en el Canto IX expresa preferir una vida larga y apacible a una vida breve y gloriosa. Este pasaje que contradice palabra por palabra su decisión anterior, muestra cuánto hay de trágico en su destino heroico y cuánto de sacrificio en su decisión final de ir a la muerte sin creer ya en la gloria. Recordemos que cuando en Odisea (C. XI), Odiseo, arrobado, le contempla en el Hades, como "el más feliz de los hombres nacidos y por nacer", Aquiles le contesta que preferiría "servir por jornal a un hombre pobre que imperar sobre los muertos".

Para hacernos una idea de como la muerte se ha apoderado del alma de Aquiles, a tal punto que parece pertenecer más a ella que a la vida, recordemos el C. XXI, en que Aquiles se hace un deber sacrificar a Licaón, y lo mata, más como un sacerdote que como un guerrero. (Léanse las palabras que el héroe dirige al troyano, y obsérvese la actitud de víctima resignada con que éste se entrega a la muerte).

Lo que Homero hace en grande, lo hace en pequeño. Esto puede verse en la composición de personajes. Tersites en (Ll. II.^o) y Dolón en (II, X.^o), nos dan la misma impresión de totalidad que los principales personajes.

Tersites frente a Odiseo, es la lucha de un temperamento contra un carácter. Odiseo está sobre su circunstancia; lejos de pensar en si mismo, mira la guerra y el destino de los aqueos, en su totalidad. Mientras Tersites es "un haz de nervios" que sólo reacciona rencorosa e irreflexivamente, sin otro arte que el del insulto; Odiseo, que acaba castigándole, comienza su dura réplica reconociendo su facundia de orador.

Sin embargo. Homero no odia a Tersites. Como detalle enternecedor, recordemos: "Miró a todos con aire de simple... etc."

Con respecto a la Dolonia, podemos señalar que Odiseo y Diomedes contrastan con la figura de Dolón. Este, no es solamente el traidor, sino también la juventud irreflexiva y ansiosa que se pierde porque, estúpidamente, sólo piensa en la meta del éxito, sin preocuparse de los medios. Odiseo y Diomedes representan la madurez que, a la medida de los fines auna una actitud reposada e inteligente en la elección de los medios. Como ejemplo del lirismo, a veces, cruel, de Homero, observemos que el autor no perdona al joven troyano ni aún en el momento de su muerte, pues, caída en el polvo, su cabeza habla todavía, degradándose, ya cadáver, con las palabras de un traidor.

Un procedimiento característicamente homérico: cuando un personaje alcanza el momento decisivo de su vida, este personaje está sensibilizado no sólo por el presente, sino por todo su pasado y por todo su porvenir. Ejemplo: Andrómaca en el Canto VI y en el XXII; Príamo y Hécabé en el XXII y XXIV.

Un hábil detalle de composición de Homero, según Goethe: retirar de la acción, desde el Canto I.^o, al protagonista de la Iliada, ausencia que le permite crear los otros héroes con la necesaria corpulencia. En estos cantos previos a la intervención de Aquiles en la lucha, Homero no ha cesado de hacer constantemente presente su ausencia mediante toda clase de alusiones.

¿Hasta qué grado Homero está por encima de su mundo? Basta leer, justo en la mitad de la obra, el espléndido comienzo del Canto XII. En él se adelanta la terminación de la lucha. Parece el poeta preguntarse qué es lo que quedará de todo aquel mundo que ha cantado. Porque entonces los ríos desbordados, el océano y las lluvias, deshicieron aquella muralla "que con tanta fatiga echaron los aqueos". Poseidón "dejó todo raso con la rápida corriente del Helesponto, enarenó la gran playa en que estuvo el destruído muro, y volvió los ríos a los cauces por donde discurrían sus cristalinas aguas". ¿Puede haber algo más conmovedor que esta playa antes hollada tantas veces por guerreros y corceles, sembrada de cadáveres y armas, y empapada de sangre?; ahora, de nuevo se extiende reluciente y magnífica, tan solitaria y limpia como en el primer día de la creación; virgen de todo rastro humano. Parece decirnos Homero que en ella y no en los hombres, está la eternidad.

(1) En estas breves notas hemos querido únicamente llamar la atención sobre ciertos aspectos de Homero, a veces olvidados por los estudiantes.



BANCO HIPOTECARIO DEL URUGUAY

Sucursal M E R C E D E S Sección CAJA DE AHORROS

AHORRISTA:

Nuestro sistema de ahorro es el más conveniente

GARANTIA DEL ESTADO

MAYOR INTERES

RAPIDEZ EN LAS OPERACIONES

En Títulos Hipotecarios

5 % de interés, pagos trimestrales

Podrá Ud. adelantar en el acto hasta el 80 % de la cotización de sus valores, abonando el 5 % anual de interés hasta \$ 2.500.00; por el excedente el 6 % anual

En Efectivo:

de \$ 2.00 hasta \$ 2.500.00, 4 % anual
de » 2.00 hasta » 10.000.00, 2.50 % anual

A Plazo Fijo

A 3 meses — hasta \$ 10.000.00, 3 % anual
» 6 meses — hasta » 10.000.00, 3.50 % anual
» 12 meses — hasta » 10.000.00, 4 % anual

**Asegure sus economías confiando sus
ahorros a Instituciones del Estado**

D. ROOSEVELT 721

—

MERCEDES

CAJA POPULAR DE MERCEDES

Una Institución al servicio de la Industria del Departamento

TODA CLASE DE OPERACIONES BANCARIAS

Utilice su amplia red de giros y traspasos de fondos

COLON 214

MERCEDES

Hay un plan de Seguro de Vida
para cada posibilidad económica
y para cada configuración de hogar.

Seguros de Vida

BANCO de SEGUROS del ESTADO
Sucursal Mercedes

“NUMERO”

APARECIO LA ENTREGA N.º 12

Colaboraciones de: LAURO AYETARAN — HUMBERTO MEGGET — KATHERINE ANNE PORTER — JACOBO LANGSNER — G. RIBEMONT-DESSAIGNES — MARIO BENEDETTI — E. RODRIGUEZ MONEGAL — IDEA VILARIÑO — M. A. CLAPS

PIDALO EN TODAS LAS LIBRERIAS



Ferretería y Bazar

J. CARLOS DA ROSA

Manuel Oribe 591

☆ **Treinta y Tres**

"TRILCE"

LIBRERIA Y PAPELERIA

Literatura - Filosofía - Ciencias

Textos escolares y Universita-

rios - Artículos de escritorio

Paysandú 1011 - Tel. 8 29 67

C A S A

Pablo Martínez

— de —

OSCAR MARTINEZ & Cía.

Agentes exclusivos de
maquinaria **MOLINE**

☆

Teléfono 457 — MERCEDES

Talleres Metalúrgicos

Ferretería Agrícola

Grasas y Aceites **TEXACO**

RODO 835 Teléf. 363

Molinos a Viento

Niquelados

PINTURERIA

LUIS BROGGI

e HIJO

Exposición y Ventas:

BANCO COMERCIAL

(EL MAS ANTIGUO DEL PAIS)

SUCURSAL MERCEDES

Ofrece a los ahorristas una colocación productiva, segura y cómoda, en Caja de Ahorros y en Depósitos a Plazo Fijo, abonando los intereses más altos de plaza.

Palacio de la Mecánica

Maquinaria agrícola
nueva y usada

Accesorios y repuestos
Maquinarias Agrícolas

WALTER MARTINEZ

Ferrería 1186 Tel. 640
MERCEDES

Fémina S. A.

Montevideo

Chocolate para comer crudo.
Pídalo en todos los comercios.
4 frutas, avellanas, leche, etc.

DISPONIBLE

Radios holandesas recién
recibidas de la afamada
marca PHILIPS

Elija el modelo de
su predilección

Adquiera el último modelo
de heladera familiar

FERROSMALT

Le ofrece este equipo
netamente americano
al más bajo precio.
Entrega inmediata

Cazalas Hnos. & Olguín

Rodó 730 Teléf. 868
MERCEDES

"Casa Zanatta"

de ULISES ZANATTA

Ferretería, Pinturería, Ar-
tículos Sanitarios, Menaje,
Bazar, Electricidad

Fábrica de Plumeros

Roosevelt 738 — Teléf. 697

PROFESIONALES

LUIS R. INVERNIZZI

Escribano

Roosevelt 672

Mercedes

CARLOS REAL DE AZUA

Abogado

Mercedes 1444, P. 1 - Montevideo

Dr. MARIO PRUNELL

Cirujano Dentista

Consultas: mañana y tarde

E. Giménez 624

Teléf. 428

Mercedes

Dr. Enrique Costa Leonard

Médico

Consultas: de 8.30 a 9.30
y de 15 a 17

Florida 811

Mercedes

Dr. RUBEN O. BORGES

Médico Cirujano

Sarandí 179

Teléf. 867

Dr. ZOILO CHELLE

Medicina-Cirugía — Rayos X

Laboratorio

Consultas de 8 a 9 y de 3 a 5

Consultorio:

Roosevelt 783

Dr. ALFREDO ALAMBARRI

Niños

Consultas: de 15 a 17 horas

Ituxaingó y Rodó

DISPONIBLE

Dr. CESAR GUGGIARI

Médico Cirujano

Casagrande 653

Teléf. 1032

ENCUADERNACION

HISPANIA

de VISCA Hnas.

Encuadernación fina

Constituyente 1763

VICTOR A. ALBERT

Escribano

Trámites de sucesiones, venias

y asuntos judiciales

Estudio: Ferrería 782 - Teléf. 759

Consultorio Radiológico

Laboratorio de Análisis

Dr. M E L A

Mercedes

Sarandí 383

Teléf. 1062

Dr. JUAN CARLOS VIERA

Abogado

Colón 176

Teléf. 432

Dr. Ernesto Copello Iglesias

Abogado

Rodó y 18 de Julio

WALTER G. SCHOPFER

Escribano

Escrit.: 18 de Julio y Rodó

Teléf. 438

Dom.: Ituxaingó 463 - Teléf. 651

MIGUEL A. OLIVERA UBIOS

Escribano

Estudio: Ituxaingó 912 - Tel. 1057

EDUARDO RAMOS

Escribano

Estudio: Colón 326

Teléf 473

Mercedes

Dr. RAUL GONZALEZ

Odontólogo - Rayos X

Roosevelt 671

Mercedes

DISPONIBLE

Dr. A. Méndez Modernell

Dentista

Ituxaingó 335

Mercedes

DONACION

PEDRO C. BESOZZI

Escribano

Colón 286

Mercedes